

LA TRADICION DE LA CRISTOLOGIA APOSTOLICA EN EL SIGLO II

Carlos Ignacio González, S.J.

“Una vez que el coro sagrado de los Apóstoles de diversas maneras llegó al fin de su vida, y que desapareció la generación de aquellos que habían sido juzgados dignos de escuchar con sus propios oídos la sabiduría divina, el error ateo comenzó a aparecer mediante el engaño de los maestros en la mentira. Estos, puesto que no quedaba ya ningún Apóstol, se enconaron en oponer a cara descubierta una gnosis engañosa, a la predicación de la verdad”¹.

1. San Ignacio de Antioquia

No conocemos con certeza los detalles de la vida de San Ignacio, llamado “El Teóforo”. Según la tradición común, habría sido nativo de Antioquía (± 35), convertido en su juventud por los Apóstoles, y 2o. obispo de su ciudad natal. Murió durante la persecución de Trajano, en el circo romano de Flavio, durante las fiestas “Saturnalia”, en que se ofrecían al populacho, junto con los espectáculos de gladiadores, el de la inmolación de fieras y de gente condenada a muerte devorada por éstas. La fecha que la vieja tradición ha conservado, es el 20 de diciembre de 107. De él nos dice el historiador Eusebio:

“Al mismo tiempo (que Policarpo, compañero de los Apóstoles) era conocido aquel hombre que aún celebran las multitudes, Ignacio, que había obtenido, el segundo después de Pedro, la sucesión en el episcopado de Antioquia. Según la tradición fue enviado desde Siria hasta la ciudad de los romanos para convertirse en alimento de las fieras, por el testimonio de Cristo. Y mientras hacía el viaje a través de Asia, bajo la más cuidadosa custodia de los guardias, él

1. Hegesipo, en EUSEBIO DE CESAREA, *Hist. Eccl.* III, 32, 8: PG 20, 284s.

reafirmaba a las Iglesias por sus conversaciones y exhortaciones en todas las ciudades por las que pasaba. Ante todo las ponía en guardia contra todas las herejías que comenzaban entonces a abundar; y les urgía que se mantuviesen firmes en la tradición de los Apóstoles que, por mayor seguridad, él juzgó necesario dejar por escrito cuando iba ya a rendir su testimonio”².

No conservamos escritos teológicos sistemáticos suyos, sino una serie de cartas pastorales que escribió durante su viaje de prisionero, a las Iglesias locales, en las que él destaca dos aspectos: la preocupación por las herejías que hacían estragos en las comunidades cristianas, destruyendo a la Iglesia y por ende a Cristo³, y su confesión de fe cristológica, testigo de la doctrina que enseñaba la Iglesia en la primera generación postapostólica.

Herejías cristológicas que ataca San Ignacio

Lo muy notable es la dureza de las condenaciones, en las cartas de un hombre que por otra parte se manifiesta profundamente humilde y amable para con todos los creyentes: los sectarios que dividen la Iglesia son “fieras en forma humana, a las que es menester que no sólo no recibáis entre vosotros, sino que, de ser posible, ni aún toparos debéis con ellos”; sino sólo queda orar por su difícil conversión (*Smyrn IV*, 1)⁴. “Los herejes entretejen a Jesucristo con sus propias especulaciones, presentándose como dignos de todo crédito, cuando son en realidad como quienes brindan un veneno mortífero diluido en vino con miel” (*Trall VI*); “hierba mala” (*Phil III*, 1). Quienes dicen que “sufrió en apariencia”, son “gentes sin Dios: ¡ellos sí que son pura apariencia!” (*Trall X*). “No os engañéis, hermanos. Si alguno sigue a un cismático, no hereda el reino de Dios. El que camina en sentir ajeno a la Iglesia, ése no puede tener parte en la pasión del Señor” (*Phil III*, 3). Los sectarios judaizantes, que predicán un judaísmo sin poner la salvación en la carne de Jesucristo, son “estelas funerales y sepulcros de muertos” (*Phil VI*, 1). Y en un extre-

-
2. EUSEBIO, op. cit. III, 36, 288. Eusebio continúa exponiendo sintéticamente de la doctrina de sus cartas. También nos reporta la tradición de su martirio S. IRENEO. *Adv. Haer.* V, 28, 4: PG 7, 1200s.
 3. Recuérdese la famosa frase de S. JERONIMO, *Adv. Lucif.* 23: PL 23, 186: “Los Apóstoles aún se encontraban en Judea, y la sangre de Cristo estaba aún fresca, cuando se dijo que su cuerpo era un fantasma”.
 4. Tomo el texto en castellano, de D. RUIZ BUENO, *Padres apostólicos*, Madrid, BAC, 1950, pp. 447-502. Los originales griegos, en PG 5, 643-728.

mo de dureza, en *Eph XVI*. 1-2, condena más a los predicadores de la herejía, que a quienes por debilidad cometen adulterio, por más que éstos sean reprotables porque dividen la familia:

“El hereje en la Iglesia tiene menos excusa y mayor culpa que el adúltero mundano. ‘La fe’ en este texto es el conjunto de doctrinas ortodoxas... sentido diferente en que usa el vocablo ‘fe’ para significar confianza, como en el cap. XXIV”⁵.

No es claro sin embargo de cuáles herejías se trata. No lo sabemos por él mismo. Se deben deducir de los datos que poseemos por el marco histórico, e indirectamente de la doctrina de la fe que Ignacio confiesa.

Herejías de tipo judaizante

La referencia a estos sectarios es muy frecuente: “Si alguno viniere con interpretaciones sobre judaísmo, no le escuchéis” (*Phil*, VI, 1). “No os dejéis engañar por doctrinas extrañas ni por esos cuentos viejos que no sirven para nada. Porque si hasta el presente vivimos a estilo de judíos, confesamos no haber recibido la gracia” (*Magn VIII*). “Absurda cosa es llevar a Jesucristo en la boca y vivir judaicamente. Porque no fue el cristianismo el que creyó en el judaísmo, sino el judaísmo el que creyó en el cristianismo” (*Magn X*, 3).

Hay algunos pasajes en los cuales Ignacio es más explícito en detalles. Así, por ejemplo, en *Magn IX*, 1, pone como una de las diferencias entre judíos y cristianos la observancia del domingo en lugar del sábado⁶. Los judaizantes que quieren seguir celebrando el sábado creen que por la Ley obtendrán la salvación, y no por la muerte y resurrección de Jesucristo de entre los muertos, misterio de gracia que la Iglesia celebra:

“Ignacio dice aquí que los judaizantes que quieren seguir a Moisés y a los rabinos, pretendiendo continuar siendo cristianos, han hecho una alianza dividida: tienen que escoger una u otra. Este problema era agudo en Magnesia y Filadelfia”⁷.

-
5. J. LAWSON, *A theological and historical introduction to the Apostolic Fathers*, New York, Macmillan, 1961, p. 114.
 6. Es posible que se tratara de cristianos ebionitas, los cuales tanto insistían en la salvación por la literal observancia de la Ley mosaica, y tendían a considerar a Jesús solamente un profeta mesiánico, sobre el que el Espíritu habría descendido en el bautismo.
 7. L.W. BARNARD, *Studies in the Apostolic Fathers and their background*, Oxford, Blackwell, 1966. p. 23.

Así también es muy específico cuando en el tan conocido pasaje de tipo más apologético, Ignacio construye un pequeño diálogo con unos judaizantes que decía: “Si no lo encuentro en los archivos (*ἐν τοῖς ἀρχεῖοις*), lo que es en el Evangelio yo no creo. Contestéles yo: Pues está escrito. Y me respondieron ellos: Es lo que hay que probar. Ahora bien, para mí todos los archivos se cifran en Jesucristo” (*Phil VIII, 2*). En este pasaje, los “archivos” claramente son las escrituras del Antiguo Testamento, que eran las básicas en la Iglesia primitiva. Ahora bien, algunos convertidos del judaísmo de tipo esenio principalmente (luego posteriormente ebionitas) mantuvieron ese arcaísmo: sólo es Palabra de Dios autorizada lo que se conserva en las Escrituras (“archivos”) del viejo Israel. Ignacio atestigua aquí como ya desde la era apostólica se leía el A.T. como preparación y profecía del N.T., lo que no aceptaban los judaizantes: “habría que probarlo”, decían, y continuaban exigiendo como salvífica la Ley mosaica. Pero

“la falsedad en la doctrina de los judaizantes, con su cerrado conservador literalismo sobre el Antiguo Testamento, era el que oscurecía la doctrina de salvación por la muerte y resurrección de Cristo, y de la justificación por justificación por la fe en El. Esta clásica posición paulina parece estar implícita en esta respuesta de San Ignacio a los judaizantes, porque habla de la cruz y la justificación. La posición cristiana es que el Antiguo Testamento debe ser interpretado como profecía de la muerte y resurrección de Jesucristo y de la vida de la fe. El fundamento de todo es el Señor, y no el literal legalismo judío”⁸.

De tipo gnóstico.

Sin llamarlas explícitamente por ese nombre, Ignacio expone sus doctrinas como contrarias a la predicación del evangelio, sobre todo porque tales herejías destruyen el misterio mismo de Cristo, al negar la realidad de su carne: “Porque todo esto lo sufrió el Señor por nosotros a fin de que nos salvemos; y lo sufrió verdaderamente, así como verdaderamente se resucitó a sí mismo, no según dicen algunos infieles, que sólo sufrió en apariencia: ¡Ellos sí que son apariencia!” (*Smyrn II*). “Porque si sólo en apariencia fueron hechas todas las cosas por Nuestro Señor, luego también yo estoy cargado de cadenas en apariencia. ¿Por qué entonces me he entregado yo a la muerte?” (*Smyrn IV, 2*). Pero también es claro que se dirige a este tipo de sectarios, cuando usa su

8. J. LAWSON, op. cit. 135.

propio vocabulario, como lo había hecho Pablo, para vaciarlo de contenido: "Que nadie vaya a engaño: aún las potestades celestes y la gloria de los ángeles y los príncipes, visibles e invisibles, si no creen en la sangre de Cristo, están también sujetos a juicio" (*Smyrn VI*, 1). A estos se refiere en aquel famoso pasaje sobre "los que lo niegan... o mejor, son negados por él": si alguno dice que la carne de Cristo es apariencia, entonces él es apariencia. E Ignacio dice que éstos han sido sus enconados enemigos; pero ¿qué le importa eso? lo que le duele es que lo hayan sido de la carne de Cristo (*Smyrn V*, 1-2).

"Este elemento *gnóstico* o *doceta* es el principal objetivo de su ataque, y da su color doctrinal predominante a estas epístolas... Porque sustituyen al hombre Jesús por un fantasma. La descendencia humana, el nacimiento humano, el bautismo, el juicio, la condenación, la pasión, la crucifixión, la resurrección, todo sería irreal y fantasmagórico. De ahí la enfática repetición de la palabra *verdad* *verdad* *verdad* (*álēthōs*): 'Verdaderamente nació', 'verdaderamente murió', 'verdaderamente comió y bebió', y semejantes (*Trall 9, Smyrn 1, 2, 3, Magn 11*)... Estas personas, por tanto, negaban la carne y la sangre de Cristo; vaciaban la pasión; encontraban en la cruz una piedra de escándalo (*Eph*, 18, *Magn 9, Phil 3, Smyrn 1, 5, 6*). Los verdaderos fieles son quienes aceptan la humanidad real de Cristo, que se refugian en su carne, que se unen con él en la pasión, que con él están clavados en la cruz (*Magn 11; Trall 2, 8, Phil 5, Smyrn 1*)"⁹.

Con la tradición joánea afirma que la salvación del cristiano depende de su fidelidad al evangelio que predica la realidad de la carne de Cristo y de todo su evento histórico, lo que inmuniza de toda vana especulación herética: "Tened plena certidumbre del nacimiento, de la pasión y resurrección del Señor, acontecida bajo el gobierno de Poncio Pilato: cosas todas cumplidas de verdad y firmemente por Jesucristo, esperanza nuestra" (*Magn XI*).

Pero se ve, por la insistencia de Ignacio en la verdadera resurrección del Señor, que también giraban en las comunidades de Asia Menor la idea gnóstica de la resurrección sólo simbólica por el conocimiento, cuyo signo sería el bautismo. Por ello insiste en los rasgos físicos con que los evangelios narran las apariciones del Señor resucitado, en el tocarlo y palparlo, que fue precisamente la piedra fundante de la fe de

9. J.B. LIGHTFOOT, *The Apostolic Fathers*, Londres, Macmillan, 1985, pp. 359s.

los Apóstoles: “Y al punto lo tocaron y creyeron, quedando compenetrados con su carne y con su espíritu” (*Smyrn III*, 2).

En algunos pasajes explícitamente ofrece la respuesta cristológica en los mismos términos que usan los gnósticos, para revolverlos contra ellos. Así, por ejemplo, en el pasaje de *Eph XIX*, acerca de los “tres misterios ocultos” al demonio, y que determinan el fin de la herejía,

“La encarnación marcó el derrocamiento del reino de aquellos poderes del mal que dominaban sobre los hombres desde las estrellas, manteniendo a los supersticiosos encadenados al Destino. La venida de Cristo liberó la humanidad de los degradantes miedos a la astrología y a la magia. Así Ignacio puede gloriarse de que ‘el antiguo reino ha sido echado abajo’. Esta es una idea enteramente paulina (1 *Cor* 2, 6-8; *Gal* 4, 3; *Ef* 6, 12; *Col* 2, 15)”¹⁰.

Así, en *Eph XIX*, de manera semejante a como había hecho Pablo en *Col* 1, 15-20; 2, 8-13; y 1 *Tim* 2, 5-7 hablando del hombre-Jesús, Ignacio afirma que la carne de Cristo es la única mediación entre el Padre y los hombres, y no los poderes de los espíritus celestes. Desde la encarnación todos los falsos mediadores que la gnosis pretendía quedan desenmascarados, y se demuestran falsas las doctrinas de las emanaciones de diversos tipos de espíritus que los “conocedores” habían hipotizado para colmar el abismo entre el Dios supremo y desconocido, y el hombre sumergido en el mundo de la materia.

¿Un sólo tipo judío-gnóstico?

Algunos estudiosos de esta época piensan que no se trata de dos tipos diversos de herejías, sino que hacia la época de San Ignacio los judaizantes se encontraban ya inficionados del gnosticismo que desde hacía un siglo, y antes aún que iniciase la predicación apostólica, había contagiado las sectas judías. Los autores que sostienen esta hipótesis suelen basarse en que San Ignacio presenta ambas tendencias como inseparables en varios pasajes: se trataría pues de un *judaísmo gnóstico*, cuya más evidente característica sería una forma extrema de *docetismo*:

10. J. LAWSON, *Op. cit.*, 118.

“Las cartas a los Tralianos y Esmirnotas hablan del docetismo, mientras las dirigidas a los Magnesios y Filadelfios parecen atacar el judaísmo. Sin embargo un examen más cuidadoso muestra que ambos están íntimamente ligados de manera que sólo pueden considerarse dos aspectos de la misma herejía... Del judaísmo y del docetismo afirma que no son ‘plantación del Padre’ (*Trall* 11, *Phil* 3); ambos son hierba fuerte pero mala que sus lectores deben evitar (*Trall* 6, *Phil* 3). Describe los maestros de una y de otra como quienes ‘hablan de modo diverso, o separados de Jesucristo’ (*Trall* 9, *Phil* 6). A ambos se les amonesta a convertirse y volver a la unidad, y a arrepentirse ante Dios (*Phil* 8, *Smirn* 9). El judaísmo y el docetismo son igualmente calificados de ‘heterodoxos’ (*Magn* 8, *Smyrn* 6). En ambos casos invita a sus lectores a ‘no dejarse engañar’ (*Magn* 8, *Smyrn* 6, *Phil* 3)”¹¹.

Pero aun cuando no se aceptase como ya realizada la intrincada conjunción entre ambos sistemas heréticos, sin duda Ignacio veía el riesgo tan inmediato de que los fieles judaizantes cayesen muy pronto en el gnosticismo; sobre todo porque entre los mismos cristianos existía ya el tipo de docetismo judaico, debido al escándalo que causaba en ellos la verdadera encarnación de Dios. De hecho muchos judío-cristianos aceptaban la carne de Cristo, y su papel mesiánico realizado en la carne. Pero lo que les resultaba escandaloso hasta el rechazo era el hecho de un Mesías sufriente, y por tanto la cruz: chocaba contra las concepciones mesiánicas del pueblo. Por eso como *pastor* Ignacio, se preocupa por quienes estaban en riesgo de caer en tal piedra de tropiezo.¹²

“Ignacio conocía a los judaizantes que habían corrompido la pureza de la fe cristiana, pero al leer sus cartas se nota que estos judaizantes pronto se convertirán en gnósticos: la gnosis que se deja tal vez entrever en las cartas de San Ignacio será en el S. II el gran peligro para la Iglesia. Ante la falsa gnosis, Ireneo apelará a la continuidad de la

-
11. J.B. LIGHTFOOT, *Op. cit.*, p. 361. Otros, como P. J. DONAHUE, “Jewish Christianity in Ignatius’ Letters”, *Vigiliae Christianae* 32 (1978), 82ss, juzgan insuficiente el argumento. Según este autor, Ignacio por una parte ataca en bloque todas las doctrinas que se oponen a la fe, sin distinguir las; pero por otra distingue muy bien cuando se trata del cristianismo judaizante, como en *Magn* VIII, 1; IX, 1.11; *Phil* VIII, 2; IX, 2, que el autor analiza muy puntualmente, en referencia a la Ley antigua.
 12. Y de hecho Ignacio en varias ocasiones dice expresamente a los fieles que tiene por seguro que ellos no han caído en tales trampas, pero los quiere instruir para que se libren del veneno de las sectas (por ej. *Eph* VI, 2-VII, 1; VIII, 1; IX, 1; *Magn* XI; *Trall* VIII, 1; *Phil* III, 1, etc.).

tradición apostólica, y sabrá citar con este motivo el testimonio de San Ignacio¹³; él también defenderá la verdad de la carne de Cristo¹⁴.

¿Quiénes son esos herejes?

No lo sabemos. El mismo Ignacio se ha negado a decirlo: "Por lo que hace a sus nombres, como son de gentes infieles, no me pareció bien consignarlos aquí. Es más: ni aún acordarme siquiera de ellos hasta que se conviertan a aquella pasión que es nuestra resurrección" (*Smyrn V, 3*). Por lo mismo todo intento debería basarse en conjeturas, que tendrían un cierto fundamento en el recurso a la historia, para preguntarnos quiénes eran las cabezas de las sectas que por otros conductos conocemos, como predicadores en Antioquía por el tiempo de San Ignacio:¹⁵

a) *Menandro*¹⁶. Es el sucesor de Simón Mago. Tiene en común con los simonianos el ejercicio de las artes mágicas, así como otras prácticas ligadas al sacerdocio, como elementos necesarios para la salvación.

La doctrina típica de Menandro, según Ireneo, sería derivada de la predicada por Simón, en cuanto enseñaba una primera potencia desconocida, que habría enviado el Salvador para rescatar a los hombres del mundo creado por las potencias angélicas. Mediante los ritos mágicos, los sacerdotes lograrían superar el poder de los ángeles creadores, y así rescatar a los hombres de la muerte y hacerlos vivir por la resurrección

13. Cf. S. IRENEO, *Adv. haer.* V, 28, 4: PG 7, 1200-1201.

14. P. Th. CAMELOT, Introducción a IGNACE D'ANTIOCHE, *Lettres* (S. Ch.), Paris, Cerf, 1951, p. 57. Y dice P. J. DONAHUE, en *op. cit.*, p. 88, que "el cristianismo (para Ignacio) no es solamente un Israel purificado y alargado, como creen los judío-cristianos; por el contrario, aun para los héroes del Antiguo Testamento no hubo salvación alguna fuera de Jesucristo".

15. Sabemos que todas las cartas de Ignacio están dirigidas a las Iglesias del Asia Menor. Pero ignoramos por completo la relación del mártir con éstas, como lo hace notar P. J. DONAHUE, en *op. cit.* pp. 82s.; de modo que no queda otro camino para acudir, en cuanto cabe, a su experiencia de Antioquía.

16. Pocos datos tenemos sobre él. Los más antiguos son de S. JUSTINO, *Apol I*, 26-56: PG 6, 368.413, quien lo presenta como un discípulo de Simón, nacido en Samaría, lo sucedió en Antioquía, donde engañó a todo mundo con sus artes mágicas. Cfr. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 23, 5: PG 7, 675; S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)*, 22: PG 41, 296s. Menciona su secta EUSEBIO, *Op. cit.* IV, 22, 5: 381.

en una juventud eterna¹⁷. ¿En qué punto su doctrina se separó de la de su maestro?

“A diferencia de Simón, que para la salvación exigía creer en su propia divinidad y en la de Elena, Menandro exigía que se recibiese su bautismo y se conociese la magia. Con ésta se sustituía a su maestro. Y mientras que Simón había recurrido a la magia como un medio para imponerse a los simples (Menandro) la había elevado a medio necesario para la salvación”¹⁸.

Como puede observarse, Menandro es de origen hebreo (samaritano) que ha mezclado en su doctrina elementos propios de la religión hebrea (como los ángeles que afirma en lugar de las potestades y poderes típicos del gnosticismo), con funciones creadoras que les atribuye tomadas de las religiones gnósticas. Sucesor de Simón (bautizado cristiano), no sabemos sin embargo que Menandro lo fuese, o si formase más bien parte de las sectas bautistas samaritanas. No pretende una especial doctrina cristológica, pero sí salvífica¹⁹.

b) *Saturnino (o Satornil)*²⁰. Por los Padres heresiólogos sabemos que fue discípulo de Menandro, ciertamente en tiempo anterior a San Justino (que habla de él como de algo en el pasado) y por tanto a comienzos del S. II. Predicó en Antioquía, ¿pero puede colocarse ya en el tiempo de San Ignacio? No pueden hacerse sino conjeturas. San Ireneo es la fuente principal y más completa, de la que parecen derivar los demás comentadores, que sin embargo completan el siguiente relato original, que conviene transcribir en sus partes principales:

-
17. He tomado esta brevísima exposición de su doctrina, de EUSEBIO, Op. cit. III 26, 1, 272. que evidentemente depende de Ireneo, *loc. cit.*
18. G. BAREILLE, “Gnosticisme”, en *DTC* VI, 2, col. 1443.
19. ¿Cómo colocarlo entonces dentro de una secta cristiana o una bautista? No hay datos suficientes. Ciertamente por otra parte que Ignacio no nombra a Menandro, aún siendo su contemporáneo y predicador de Antioquía. Lo conocemos por Padres posteriores. Pero a menos que se trate de una total proyección de Justino e Ireneo, no parece tener completa razón P.J. DONAHUE, *Op. cit.*, p. 87, cuando dice que “no conocemos tal mezcla de gnosticismo judío-cristiano; un gnosticismo de un período muy posterior, influido por literatura judía, pero no judío en ningún otro sentido, no nos ofrece tal modelo”.
20. Lo conocemos por S. IRENEO, *Adv. haer.* 24, 1.2: PG 7, 673-675; S. HIPOLITO ROMANO, *Adv. Haer. (Philos)* VII, 28: PG 16, 332s (Migne lo incluye en las obras de Orígenes), y S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)*, 23: PG 4, 297-308. Lo citan S. JUSTINO, *Dial.* XXXV, 6: PG 6, 552, y EUSEBIO DE CESAREA, Op. cit. IV, 7: 316: “De Menandro, que como hemos dicho fue el sucesor de Simón, nacieron dos bestias envenenadas, como dos lenguas o dos cabezas de aquél: Saturnino, de origen antioqueno, y Basíledes, alejandrino”.

“Saturnino, como Menandro, predica un solo Padre, desconocido de todos, que hizo los ángeles, arcángeles, potencias y potestades. Siete ángeles habrían hecho el mundo y todo cuanto contiene. También el hombre sería obra de ellos, cuando apareció desde lo alto de parte de la suprema potencia una figura luminosa que ellos no pudieron detener porque pronto se regresó a lo alto, entonces se dijeron uno al otro: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza’. Pero la creatura que resultó no podía tenerse en pie a causa de la incapacidad de los ángeles, y se arrastraba como un gusano. Entonces la potencia suprema tuvo compasión de aquél que había sido hecho conforme a su imagen, y lanzó una chispa de vida que puso al hombre de pie y lo hizo vivir. Al fin de los tiempos esta chispa tendría que volver donde todos sus semejantes, y todas las cosas creadas habrían de disolverse en ella.

El Salvador no es generado, ni tiene cuerpo ni especie: sólo en apariencia fue un hombre. El Dios de los hebreos habría sido uno de los ángeles. Y queriendo el Padre destruir los principados, habría venido Cristo a acabar con el Dios de los hebreos y a llevar la salvación a quienes creen en él: sólo éstos poseen la chispa de vida... Casarse sería diabólico. Muchos de los suyos se abstienen de las carnes, y engañan a muchos con esa falsa abstinencia”²¹.

Como se ve, Saturnino es un clásico sincretista. Mezcla elementos gnósticos (como el Padre de todo que nadie puede conocer ni nombrar, las potestades y poderes), con otros tomados de la religión hebrea (como los ángeles, uno de los cuales sería Yahvé, que crearon al hombre conforme a su imagen y semejanza), con doctrinas cristianas docetas del Cristo Salvador (no verdadero hombre, sino uno de los ángeles superiores) que viene a rescatar (de manera gnóstica) la “chispa de vida” que en cada hombre se encuentra perdida en medio del mundo de la materia. Hay un cierto atisbo de “pecado original” no culpable en el hombre sino defecto de los ángeles creadores (el hombre se arrastra como un gusano). Así el Padre desconocido primero le habría dado la “chispa de vida” para que caminase erguido, y luego habría enviado al Cristo para rescatar dicha chispa de la maldad material y del dominio de los ángeles (incluido el ángel-Dios del Antiguo Testamento). Los buenos alcanzarán la salvación superando la materia mediante la renuncia al matrimonio (pues la procreación sería obra de Satanás, ya que obliga-

21. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 24, 1-2: PG 7, 673.

ría a la chispa de vida a venir a este mundo malvado de la materia), y absteniéndose de todo alimento que hubiese tenido vida (vegetarianismo por motivo pseudo-religioso). Como se ve, nos encontramos ya en el corazón de una secta cristiano-judía-gnóstica, con elementos doctrinales cristológicos y soteriológicos en el núcleo mismo de su doctrina.

2. Cristología soteriológica de San Ignacio de Antioquia

Sus cartas, que como hemos dicho, no son de reflexión teológica, sino pastorales, expresan la doctrina más bien en forma de condensados testimonios de fe. Se trata de pequeños "símbolos", y más frecuentemente de fórmulas muy breves, que en forma sintética resumen un principio básico de la revelación, sin el cual la fe se vaciaría de contenido. Está muy cerca del Nuevo Testamento, no sólo temporalmente, sino también en cuanto a la forma de comunicar el contenido de la fe.

Se nota además la preocupación constante de Ignacio para transmitir en toda su pureza la doctrina que ha recibido de los Apóstoles, como la norma de la fe cristiana, y por defenderla de toda añadidura espúrea proveniente de la filosofía del tiempo, y de toda interpretación que pudiese desvirtuarla. Así por ejemplo nos dice:

"Todo esto, carísimos míos, no os lo escribo porque haya sabido que hay entre vosotros quienes así se portan, sino que, como el menor de entre vosotros, quiero montar guardia por vosotros, no seá que piquéis en el anzuelo de la vana especulación" (*Magn XI, 1*). "De ésta (de vuestra oración) deseo ser yo siempre partícipe, a fin de hallarme en la herencia de los efesios, cristianos que estuvieron en todo tiempo acordes con los Apóstoles por la virtud de Jesucristo" (*Eph XI, 2*).

En los artículos siguientes podremos constatar cómo esta preocupación por la pureza de la fe transmitida desde los Apóstoles, es una constante en los Padres, sobre todo cuando deben defender tal doctrina de la corrupción por las herejías. En particular los estudiosos de San Ignacio suelen descubrir en él al continuador de la teología de San Juan. He aquí un ejemplo:

"Insiste, en efecto, en el nacimiento virginal (*Eph VII, 1, XIX, 2; Smyrn I, 1; cfr. Eph XVIII, 2*), en la venida de Cristo en nuestra carne (*Eph VII, 2; XX, 2; Smyrn V, 2*), en su naturaleza al mismo tiempo pneumática y carnal (*Eph VII, 1; Smyrn III, 3; XII, 1*), pasible e

impasible de Cristo (*Eph VII*, 2; cfr. *Pol III*, 2); al mismo tiempo subraya la unidad de Jesucristo como Hijo de Dios e Hijo del Hombre (*Eph XX*, 2)... En fin, sabemos por otra parte que Policarpo, discípulo del Apóstol, entendía las palabras de *1 Jn 4*, 3 en el sentido de la herejía doceta que Ignacio denuncia (*Pol. ad Ph. VII*)”²².

Otra de sus características, propia del celo apostólico de los Padres, es la de usar las expresiones propias de los lugares a los que se dirigen, para hacer inteligible su predicación en esa cultura particular²³. Eso ha tentado a los inficionados de modernismo (sobre todo a principios de este siglo), a juzgar “helenización de la fe” todo esfuerzo por expresarla en culturas (lo que incluye vocabulario, imágenes, etc.) que no fuesen estrictamente hebreas. Así se acusó a Pablo de “helenizar el evangelio” por ejemplo al usar el título de “Señor” para calificar a Jesús, también muy posteriormente al Concilio de Nicea: no habría hecho otra cosa sino “helenizar el cristianismo”. Ignacio compartió con todos ellos la acusación que echaron sobre él quienes no ven en la revelación ni en la doctrina cristiana sino elementos culturales²⁴.

Sus pequeños “símbolos de fe”

En uno de los más conocidos, mediante un paralelismo estricto entre lo que en la doctrina posterior de la Iglesia se llamarían las “dos

-
22. H. DE GENOUILLAC, *L'Eglise Chrétienne au temps de Saint Ignace d'Antioche*, Paris, Beauchesne, 1907, 246.
23. J. DANIELOU, *Théologie du Judéo-Christianisme*, Tournai, Desclée, 1958, 49-53, desarrolla algunos temas en los cuales Ignacio habla en términos muy cercanos a las tendencias gnósticas y judeocristianas; pero lo hace no para asimilar él mismo estas doctrinas, sino porque “los adversarios que él acusa de corromper la comunidad y a quienes ataca sin cesar, son cristianos influenciados por un judaísmo gnóstico, que niegan la realidad de la encarnación y que pretenden para ello apoyarse en el Antiguo Testamento”: p. 50.
24. “Harnack diría que la teología de Ignacio es de la misma naturaleza que la de Melito y de San Ireneo, cuyo precursor es. Albert Schweitzer habló de la ‘helenización del cristianismo por Ignacio y por la teología del Asia Menor’ ”, y cita a A. Schweitzer, de *The Mysticism of Paul the Apostle*, p. 343; L. W. BARNARD, *Op. cit.*, p. 20. El mismo cita en p. 26 la acusación de H. Schlier, de que Ignacio (¡el grande teólogo campeón contra el gnosticismo!) habría estado influido por esta herejía; Schlier habría intentado probar su teoría aludiendo a que Ignacio usa la expresión “en el silencio de Dios” (*Eph XIX*, 1), ya que “el silencio” era uno de los nombres que los gnósticos daban a Dios. Pero BARNARD, aun aceptando el hecho, afirma: “Esto sugiere que Ignacio puede deber a esta herencia el uso del término, aunque su pensamiento es, en sí mismo, firmemente anti-doceta y anti-gnóstico... Tomando Ignacio este vocabulario gnóstico primitivo, le dio un nuevo contenido mediante su doctrina de la encarnación y la centralidad de la obra de Cristo cumplida en la cruz”.

naturalezas” de Cristo, nos enseña que tal teología está ya sembrada en la primera generación cristiana, y encuentra la razón para la unidad entre ambos elementos del “ser” de Jesucristo, en el motivo salvífico:

“hay un médico

carnal	espiritual
engendrado	no engendrado
hombre	Dios
hijo de María	Hijo de Dios
primero posible	luego imposible

Jesucristo Nuestro Señor”²⁵.

Relación entre el Padre y Jesucristo

Teniendo la mira puesta en las herejías del tiempo, Ignacio ataca de frente la afirmación de un Dios del todo desconocido, que sería el Padre del demiurgo venido en una apariencia de carne. En cambio su doctrina apostólica presenta vigorosamente a Jesucristo, hecho carne, como un Hijo que en su divinidad existe ante el Padre desde siempre. Ciertamente sería un anacronismo pretender descubrir en un teólogo de los inicios del s. II una terminología que sólo después fue adoptada por la teología. A su manera predica, por una parte, en la eterna relación de Jesús con el Padre, en cuanto Hijo de Dios; y por otra su verdadera pertenencia a la raza humana por la carne engendrada en el seno de María. Sin embargo para expresar el origen eterno del Hijo en cuanto a su divinidad, dice que fue “no engendrado” en contraposición a su naturaleza humana, que “fue engendrada”. Este contraste queda subrayado aún más fuerte con la siguiente contraposición: “primero posible, luego imposible”, y al mismo tiempo explica la intención de Ignacio al usar el vocabulario (que posteriormente se habría juzgado impropio) de “engendrado” — “no en-

25. S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Eph VII, 2*. Según el esquema que nos presenta en el original griego A. GRILLMEIER, *Christ in Christian Tradition*, Londres, Mowbray, 1965, 104.

“engendrado” (*gennetòs kai agénnetos*)²⁶; pues la profesión de fe del símbolo de Nicea prefirió expresar la misma distinción de San Ignacio con otros términos: “engendrado (*gennethénta*), no hecho, por el Padre” (DS 125).

“Os vi llenos de certidumbre en lo tocante a nuestro Señor, el cual es, con toda verdad, del linaje de Dios según la carne, hijo de Dios según la voluntad y poder de Dios, nacido verdaderamente de una virgen, bautizado por Juan, para que fuera por él cumplida toda justicia. De verdad fue clavado en la cruz bajo Poncio Pilato y el tetrarca Herodes, —de cuyo fruto somos nosotros, fruto, digo, de su divina y bienaventurada pasión—, a fin de alzar bandera por los siglos, por medio de su resurrección, entre sus santos y fieles, ora vengan de los judíos, ora de los gentiles, aunados en un solo cuerpo de su Iglesia” (*Smirn I*, 1-2).

Más claro, si cabe, es el enunciado de otro pequeño credo:

“La verdad es que nuestro Dios Jesús, el Cristo, fue llevado por María en su seno conforme a la dispensación de Dios; del linaje, cierto, de David; por obra, empero, del Espíritu Santo” (*Eph XVIII*, 2).

La carne de Jesús y el papel de María

Otro de los elementos gnósticos que Ignacio ataca de frente a la realidad de Jesucristo. Lejos está de tolerar la afirmación de que la carne, como parte del mundo material, es una degradación o una creación desviada, de dioses menores²⁷. Sólo hay un Dios único (*Magn VIII*, 2), el

26. Si bien la doctrina está fijada desde el principio, la adopción de un vocabulario obligante para expresarla es muy posterior. De hecho encontramos en SAN IRENEO, *Adv. haer.* II, 28, 6: PG 7, 809 esta inseguridad en el uso terminológico, mientras no duda un punto de la doctrina de fe: “Si alguno dijere: ¿Cómo puede haber sido producido (*prolatus*) el Hijo por el Padre? Le responderíamos que nadie entiende esta producción (*prolationem*), o generación (*generationem*), o pronunciación (*nuncupationem*), o revelación (*adapertionem*), o cualquiera que sea el nombre con que se quiera llamar esta generación, que es inenarrable, sino solamente el Padre que engendró y el Hijo que fue engendrado”.

27. En *Eph XIX*, 2 usa un lenguaje típico de los gnósticos (como lo había hecho la carta a los Colosenses) para destruirlo por completo vaciándolo de significado: no son ya las estrellas y los astros (cuerpos de los espíritus celestes) los que tienen dominio sobre el hombre, pues Jesús “brilló en el cielo, un astro más resplandeciente que los otros astros”. Ahí mismo, y poco antes (n. 1) acababa de usar ese lenguaje típico gnóstico que algunos le han reprochado (sobre “los tres misterios sonoros que se cumplieron en el silencio de Dios”) afirmando que Ignacio estaba influenciado por tales herejes. Quienes así piensan no han entendido que este Padre de la Iglesia del s. II está utilizando esa terminología precisamente para vaciarla de su contenido herético: tales misterios no son los que dichos herejes afirman, sino “la virginidad de María, el parto de ella, y la muerte del Señor”.

que se manifestó en Jesucristo. Y si bien no hace una apología del mundo material en sí mismo, afirma enérgicamente su valor al proponer sin la más remota posibilidad de duda la realidad absoluta de la carne de Jesús, que el Hijo de Dios hizo suya y una consigo misma, y a la que llama "la fe incommovible". En este sentido, y al servicio de la doctrina cristológica, Ignacio es el primer teólogo postapostólico que afirma el papel de María en la encarnación del Hijo de Dios, para la salvación del hombre. Su incipiente pero profunda doctrina mariológica sólo tiene sentido en la *economía de la salvación* libremente decidida por el Padre:²⁸

"Os vi llenos de certidumbre en lo tocante a Nuestro Señor, el cual es, *con toda verdad*, del linaje de Dios según la carne, hijo de Dios según la voluntad y poder de Dios, nacido *verdaderamente* de una virgen, bautizado por Juan para que fuera cumplida en él toda justicia. *De verdad* fue clavado en la cruz bajo Poncio Pilato y el tetrarca Herodes... a fin de alzar bandera por los siglos, por medio de su resurrección, entre sus santos y fieles, ora vengan de los judíos, ora de los gentiles, aunados en un solo cuerpo de su Iglesia. Porque todo eso lo sufrió el Señor por nosotros a fin de que nos salvemos; y lo sufrió *verdaderamente*, así como *verdaderamente* se resucitó a sí mismo, no según dicen algunos infieles que sólo sufrió en apariencia" (*Smirn* I, 1-2; II, 1).

San Ignacio nos transmite la doctrina común al final de la época apostólica acerca del significado de la maternidad virginal de María: es un signo de la verdadera encarnación del Hijo de Dios. En cuanto verdadera Madre, María liga la carne de Jesús con toda la raza humana, injertándola en un troncón real y concreto, como es la sangre de David. Por otra, en cuanto virgen, concibe por obra exclusivamente del Espíritu Santo, signo elegido en la economía salvífica por el Padre para indicar la absoluta trascendencia del origen de la obra realizada en el seno de esa mujer: "La virginidad de la Madre de Jesús manifiesta la novedad y unicidad de este Hombre, la que se ha realizado no por poder humano, sino únicamente por poder divino"²⁹. Son demasiado frecuentes en este sentido las afirmaciones de Ignacio para poder aquí referirlas. Sería necesario acudir prácticamente recurrir a todas sus cartas. Apenas por vía de

28. "La verdad es que nuestro Dios Jesús, el Cristo, fue llevado por María en su seno *conforme a la dispensación de Dios* (kat'oikonomían Theou); del linaje, cierto, de David; por *obra, empero, del Espíritu Santo*" (*Eph* XVIII, 2).

29. P. MEINHOLD, *Studien zu Ignatius von Antiochien*, Wiesbaden, Franz Steiner, 1979, 54.

ejemplo podemos recordar cómo insiste en algunos textos, en la verdadera carne de Jesús, que es a la vez el Hijo de Dios engendrado en el seno de María:

“La verdad es que nuestro Dios Jesús, el ungido, fue llevado por María en su seno conforme a la dispensación de Dios; del linaje, cierto, de David; por obra, empero, del Espíritu Santo. El cual nació y fue bautizado, a fin de purificar el agua con su pasión” (*Eph XVIII, 2*). “Un médico hay, que es carnal a la par que espiritual, engendrado y no engendrado, en la carne hecho Dios, hijo de María e Hijo de Dios” (*Eph VII, 2*). “El, según la carne, es del linaje de David, hijo del hombre e Hijo de Dios” (*Eph XX, 2*).

Algunos autores han pretendido que la doctrina de la concepción virginal de Jesús habría sido muy posterior, una vez confesada la filiación divina de Jesús, y en apoyo de ésta. No parece absolutamente el caso³⁰. San Pablo, por ejemplo, que confesó a Jesucristo como Hijo de Dios, no enseña la doctrina de su concepción virginal, lo que prueba que ésta no parecía condición necesaria. Por el contrario, la confesión de fe en Jesús como Mesías davídico, habría a toda costa inclinado a los primeros fieles a afirmar que éste era hijo de José (descendiente davídico) según la carne; antes de la doctrina de la concepción virginal podía ser del todo negativa a este reconocimiento.

“Sólo algunos cristianos, no todos, conocieron al principio la doctrina del nacimiento virginal... El punto es que la creencia en este milagro se introdujo en la Iglesia antigua no por, sino a pesar de los presupuestos doctrinales. La doctrina de que Jesús era ‘el hijo de David’, con la cual (el nacimiento virginal) era muy difícil de encuadrar, existió primero. Por lo mismo podemos concluir que la doctrina del nacimiento virginal fue creída no porque agradase a la pía imaginación, sino porque tenía que aceptar este hecho un pueblo que sobre ello podía saber más que hoy cualquiera de nosotros. En esta doctrina, San Ignacio tiene su lugar como el primer escritor cristiano, fuera del N.T., que puso énfasis en la importancia del nacimiento virginal, como una doctrina cristiana”³¹.

30. Cf. C.I. GONZALEZ, *María, evangelizada y evangelizadora*, Bogotá, CELAM, 1988, 190ss, 265ss.

31. J. LAWSON, *Op. cit.*, 115s.

El motivo salvífico: la resurrección de la carne, la eucaristía

Como hemos observado por todas las citas anteriores, San Ignacio tiene ante sus ojos, con grande pasión, el sueño de proteger ante todo la verdadera salvación de los hombres, que consiste no en una "gnosis", esto es no en un proceso de revelación y conocimiento de verdades ocultas, que habría de liberar poco a poco de la materia la "chispa de vida" o el "alma" o el "espíritu" del hombre prisionero de la carne: ¡es la pretensión de los herejes! Sino que toda la salvación del hombre se juega en la realidad de su carne, y por ello su término es la resurrección para la vida verdadera. Se podría decir que para Ignacio el Hijo de Dios se hizo carne verdadera en el seno de María la virgen, para poder resucitar en su carne y podernos hacer participar de esta manera de su resurrección en nuestra propia carne.

"La meta de los misterios escondidos en el silencio de Dios y el significado de la Encarnación consisten en que, por la entrada de Cristo en el mundo, ha sido posible en el mundo una vida eterna realmente nueva. Para ello comenzó a ser real en el mundo lo que ya existía en plenitud en Dios. Se ha realizado la destrucción de la muerte en cuanto poder cósmico, y el Todo se ha puesto en movimiento. Traer esta victoria de la vida sobre la muerte, es el fin de la verdadera economía divina de la salvación al enviar a Cristo como el hombre nuevo, y Cristo es este hombre nuevo en cuanto portador del poder vivificante de Dios. Así Cristo se reconoce en la muerte como la *zoè ãlèthiné* (la vida verdadera). En su muerte y por su resurrección también 'nuestra vida' ha comenzado. Sólo por la resurrección de Cristo de entre los muertos tenemos nosotros *tò ãlèthinòn zên* (el vivir verdadero)"³².

A la angustia del hombre por la amenaza de la muerte como destrucción definitiva, las religiones y la filosofía han tratado de ofrecer caminos soñados que en el fondo no son sino calles sin salida. Ignacio, siguiendo la tradición de la fe apostólica, no ofrece a los cristianos ni la salvación de la "chispa vital y divina" perdida en el cosmos, ni la liberación del alma encarcelada en un cuerpo (eso habría sido verdaderamente helenizar la fe, prometiéndole un término gnóstico o neoplatónico); sino "la novedad de la vida perdurable" (*Eph XIX, 3*) que se ini-

32. P. MEINOLD, *Op. cit.*, 49.

ció con la victoria de Cristo sobre la muerte por su resurrección: es el hombre entero, la carne misma (en el sentido hebreo de la totalidad del *yo*), quien vence la muerte por su participación con Cristo: ese nuevo tipo de vida eterna es la resurrección de entre los muertos.

Esta visión es la que dominará a todos los Padres Griegos, que verán en la resurrección de nuestra carne el término de toda la obra salvífica realizada por Jesucristo, y por ello integrarán esa fe como el último artículo del credo, el que condensa y finaliza toda la obra de la revelación de Dios, de la encarnación, y de la segunda creación realizada en Cristo. La Eucaristía es presencia de la carne resucitada de ese único Cristo que hoy existe (exaltado en la gloria del Padre), como pan del camino que transforma nuestro cuerpo para participar en esa liberación total por la propia resurrección en Jesucristo:

“(los herejes) apártanse de la Eucaristía y de la oración, porque no confiesan que la Eucaristía es la carne de Nuestro Salvador Jesucristo, la misma que padeció por nuestros pecados, la misma que, por su bondad, resucitóla el Padre. Así, pues, los que contradicen el don de Dios, mueren y perecen entre sus disquisiciones. ¡Cuánto mejor les fuera celebrar la Eucaristía, a fin de que resucitaran!” (*Smirn* VII, 1). La Eucaristía es “medicina de inmortalidad, antídoto contra la muerte y alimento para vivir por siempre en Jesucristo” (*Eph* XX, 2).

La vida en Cristo.

San Ignacio no ha legado una teología moral, ni era éste su propósito. Sin embargo no puede reducir la salvación en la carne de Cristo a una mera predicación limitada a la doctrina teórica, sin ceder a un semignosticismo que en el fondo pondría la liberación del hombre en un conocimiento, si bien de otro orden. Por el contrario, para este Padre Apostólico, el signo de la herejía o de la recta confesión de la fe es la conducta del hombre respecto a sus hermanos: el gnóstico se siente salvado porque ha conocido los secretos de la maldad de la materia y por lo mismo de la liberación de su espíritu; el cristiano, porque reconociendo que su salvación depende de la carne de Cristo, la ve concretada en el valor de la carne de su hermano:

“Respecto a los que profesan doctrinas ajenas a la gracia de Jesucristo, venido a nosotros, dáos cuenta cabal de cuán contrarias son al sentir de Dios. La prueba es que nada se les da por la caridad; no les importan la viuda y el huérfano, no se les da nada del atribulado, ni

se preocupan de quien esté encadenado o suelto, hambriento o sediento" (*Smyrn VI, 2*)³³.

Y en este contexto podemos apreciar mejor su doctrina eclesiológica tan enérgica: sólo puede tener verdadera y plena unión con su hermano quien contempla la unión estrecha entre el Padre y el Hijo, paradigma de la Iglesia (*Eph V, 1*). Ignacio la contempla como brotada de la muerte y resurrección de Cristo; en ella nos incorporamos a este misterio salvífico. Así la llama:

"la predestinada desde antes de los siglos a servir por siempre para gloria duradera e incommovible, gloria unida y escogida por gracia de la pasión verdadera y por voluntad de Dios Padre y de Jesucristo nuestro Dios, y digna de toda bienaventuranza" (*Eph, Saludo*).

Igualmente nos dice que si Cristo ha sido crucificado para ser elevado por su resurrección "como un estandarte por los siglos", esto ha sucedido para obtener un fruto: que "sus santos y fieles, ora vengan de los judíos, ora de los gentiles (estén) aunados en un solo cuerpo de su Iglesia" (*Smirn I, 2*). Y es el mismo Jesús muerto y resucitado quien construye en torno a sí su "Iglesia universal" (*Smirn VIII, 2*). Es Jesucristo el principio real de la unidad (cf. *Eph III, 2*) a tal punto que, aun cuando faltase el obispo en una iglesia particular, no faltaría en realidad el único Pastor (*Rom IX, 1*). El obispo es en este caso no el principio del que procede la unión (que depende enteramente de la unidad trinitaria) sino su signo. Por ello recuerda a Policarpo que en realidad él mismo, pastor de Esmirna, está guiado por otro Pastor que es el Obispo de los obispos (cf. *Pol, Saludo*). Y así quien no estuviese unido a su obispo en vano pretendería estar unido a Jesucristo y a sus hermanos. La eclesiología de Ignacio es pues enteramente cristológica.

33. En este punto me parece insuficiente la interpretación de H. LAWSON, en *op. cit.*, p. 138: "El gnosticismo enseñaba la salvación por la consecución de un conocimiento superior, y esto implicaba la negación de la salvación por la gracia. Formó círculos cerrados de discípulos selectos, y miraba con desprecio a la gente simple que creían con sencillez, como a un grado inferior de cristianos. Esto pudo dar pie a la acusación de que descuidaban a los no privilegiados". En parte es verdad; pero es también cierto que el desprecio por la materia les causase menosprecio y desinterés por toda responsabilidad respecto a cuanto pudiese tocar un deber cristiano en el orden social.

Síntesis: Elementos del credo fundamental de la Iglesia

Que encontramos ya en las obras de San Ignacio, y por consiguiente en comunicación inmediata con la doctrina apostólica:

Un solo Dios (*Magn VIII, 2*).

Padre (*Eph, Saludo; Magn, Saludo*). Padre de Nuestro Señor Jesucristo (*Eph II, 1; Trall, Saludo*). Jesucristo procede del Padre (*Magn VII, 2*).

Poderoso (*Magn III, 1; Smirn I, 1*).

Jesucristo "Nuestro Señor" (*Eph VII, 2; Phil I, 1; IV, 1; IX, 2; Smirn IV, 2*).

"Hijo de Dios" (*Eph XX, 2*). "Hijo del Padre" (*Rom, Saludo*). "Nuestro Dios" (*Eph, Saludo; XVIII, 2; Rom, Saludo; III, 3*). "Pensamiento (*gnóme*) del Padre" (*Eph III, 2*).

"Concebido por obra del Espíritu Santo" (*Eph XVIII, 2*), "nacido de María" (*Eph VII, 2; XVIII, 2; Trall IX, 1*), "virgen" (*Trall II, 1; Smirn I, 2*).

"Murió bajo Poncio Pilato" (*Magn XI; Trall IX, 1; Smirn I, 2*).

"Resucitó de entre los muertos" (*Magn XI; Trall IX, 1; Smirn II, 1; III, 3*).

"Volverá a venir" (*Rom X, 3*).

Cristo obra en la Iglesia por el Espíritu Santo (*Phil, Saludo*).

Una sola Iglesia (*Smirn I, 2; Phil III, 2*). "Católica" (*Smirn VIII, 2*).

"Los muertos resucitarán" (*Trall, Saludo; II, 1; IX, 2*).

En estos elementos del credo, así como en el resto de su doctrina dispersa en sus cartas pastorales, San Ignacio nos ofrece ya las raíces remotas (aún no sistematizadas) de lo que llegaría con los siglos a cristalizar como la norma de fe apostólica. Se encuentran en germen los enunciados sobre las dos naturalezas de Jesucristo, así como su unidad personal, y lo que eventualmente se llamaría la "communicatio idio-

matum” (o comunión de propiedades de ambas naturalezas, por su unión substancial en una sola persona):

“La comprensión teológica de la unidad de Cristo encuentra en San Ignacio su más clara expresión en el uso que él hace del ‘intercambio de predicados’, cuando lo divino se predica del hombre Cristo y lo humano del Logos, mientras se mantiene claramente la distinción entre los dos tipos de ser. Si es posible hablar así, esto se debe a que ha reconocido la unidad de sujeto. Aunque el carácter estático de una cristología ‘de las dos naturalezas’ puede ya entrecerse en la temprana era de Ignacio, es evidente en todos sus escritos una dinámica vital y plena. Su fuente es la visión de la economía salvífica, y el tono básicamente soteriológico y antropológico de su cristología, que invaden toda su teología”³⁴.

3. Marción³⁵

Es imposible ofrecer un panorama completo de la cristología herética y ortodoxa del S. II, en un artículo. Hemos de escoger por fuerza algunos representantes de entre los más destacados, al menos para trazar las líneas de mayor trascendencia. Entre las cristologías sectarias escogemos dos como de especial interés, sobre todo para comprender la cristología de San Ireneo:

Quién es Marción

Nacido en Sínope del Ponto, al sur del Mar Negro (Anatolia), región evangelizada en la época apostólica muy temprana (1 *Pe* 1, 1), a fines del S. I. Fue hijo de un naviero, que era obispo de la comunidad local, Iglesia que conservaba muy profunda la tradición paulina. Se convirtió en apóstol de las comunidades cristiano-gnósticas de Efeso

34. A. GRILLMEIER, *Op. cit.*, 105.

35. Fuentes: S. JUSTINO, *Apol.* I, 26, 58; *PG* 6, 367.416; S. IRENEO, *Adv. haer.* I, 27, 2-4; III, 2, 1; 3, 4; 4, 3; 12, 12; IV 8, 1; *PG* 7, 688s, 846, 852, 856, 906, 993; y sobre los marcionitas, *ibid.*, IV 34, 1-5; V, 26, 2, col. 1083-1086, 1194; TERTULIANO, *Adv. Valent.* 5: PL 2, 518; *Adv. Marcionem*: PL 2, 243-524; *De Carne Christi* I-VIII: PL 2, 754-770; CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Strom.* VII, 17: *PG* 9, 549; S. HIPOLITO ROMANO, *Contra haer. (Philos.)* VII, 29-31: *PG* 16, 3323-3335 (atribuido por *PG* a Orígenes); EUSEBIO, *Hist. Eccl.* IV, 11: *PG* 20, 328-332; S. EPIFANIO, *Adv. haer (Panarion)* 42: *PG* 41, 696-817. Comentarios muy importantes sobre la época en general, A. ORBE, *Cristología gnóstica* 2t., Madrid, BAC, 1976; ID. *Introducción a la teología de los siglos II y III* 2 t., Roma, PUG, 1987.

y Esmirna. Constantes dificultades con los obispos, incluido su padre³⁶, lo hicieron emigrar con todos sus bienes a Roma, a donde llegó alrededor del año 139, y donde fundó una comunidad, a la que dio parte de sus numerosas riquezas³⁷. Ahí conoció la doctrina que predicaba Cerdón, “pastor” de la secta de los simonitas, “durante el tiempo de Higinio”, el cual enseñaba que “el dios anunciado por la Ley y los profetas no es el Padre de nuestro Señor Jesucristo: porque aquél ha sido conocido, éste en cambio es desconocido; aquél es justo, éste es bueno”³⁸.

Discutiendo Tertuliano por qué Marción habría distinguido entre el dios conocido, el creador según el A.T., y el desconocido, el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, revelado en el N.T., nos dice en sus propios términos que ese heresiarca no aceptaba al Dios que nos ha hablado, sino pretendía helenizar la fe, e introducir en el cristianismo de Roma una doctrina pagana que Pablo había encontrado en Atenas (*Act* 17, 23): “Veo que quieres prostituir los altares (dedicándolos) al dios desconocido. Pero esta es la idolatría griega”³⁹. Tal helenización es lo que la Iglesia no podía tolerar, sin ser infiel a la revelación misma. Marción se sirvió pues de las ideas de Cerdón para redondear su doctrina, que condenó todo el Antiguo Testamento, pues según su exégesis de *Lc* 5, 36-38 y 6, 43, sería incompatible con el Nuevo, ya que “nadie pone un remiendo nuevo en un vestido viejo... nadie echa vino nuevo en odres viejos”. Y si se aceptaban Lucas y Pablo⁴⁰, entonces se debería ser

36. Se contaba que su mismo padre lo habría excomulgado, según testimonio de EPIFANIO, *Contra haer. (Panarion)* 42: PG 41, 696, “por haber seducido a una virgen” frase que, en la terminología de la época, probablemente se refería a la doctrina, que en aquella época “se conservaba aún virgen” en la Iglesia. Puede añadirse que, en opinión del experto en el gnosticismo, R.S. WILSON, *Marcion*, Londres, J. Clarke, 1933, 46, no es creíble que Marcion hubiese abusado sexualmente de una doncella, dada su doctrina de las más estricta continencia, testimoniada por Tertuliano y por los demás Padres heresiarcas.

37. Según TERTULIANO, *Adv. Marc.* IV, 4: PL 2, 365s, habría dado a la comunidad de Roma la ingente cantidad de 200.000 sestercios, suma que le fue devuelta una vez excomulgado.

38. S. IRENEO, *Ad. haer.* I, 27, 1; PG 7, 687; cf. EUSEBIO, *Hist. Eccl.* IV, 11: PG 20, 328. La distinción frecuentemente hecha en estilo popular entre el “Dios de justicia” revelado en el A.T. y el “Dios de amor” revelado en el N.T. *no es cristiana*, sino de origen sectario, de tipo gnóstico-marcionista.

39. TERTULIANO, *Adv. Marc.* I, 9; PL 2, 255.

40. Según J.R. HOFFMANN, *Marcion: on the Restitution of Christianity. An Essay on the Development of Radical Paulinist Theology in the 2nd. Century*, Chico, Scholars Press, 1984, pp. 75ss, la epístola a los Gálatas habría sido la que Marción tomó como su único evangelio (*Gal* 1, 7-9), cuyo centro sería la oposición entre la Ley (A.T.) y Cristo. Así, Pablo habría sido el único apóstol, ya que los demás habrían abandonado la doctrina verdadera de Cristo, influidos por el judaísmo: *Op. cit.*, pp 101ss (aunque este autor llega a extrañas hipótesis sobre el origen de algunas cartas paulinas).

lógico en las consecuencias, ya que el N.T. presentaba una doctrina del todo nueva e incompatible con la Escritura hebrea.

“Marción es ante todo un cristiano, es decir, un discípulo de Cristo, persuadido de que el Salvador ha venido a dar a los hombres la respuesta a las grandes cuestiones sobre su origen y su fin. Es el evangelio lo que se debe *ante todo* escrutar, mensaje del todo nuevo traído al mundo, y que constituye un fenómeno extraordinario, respecto a todo lo que le precede. Pablo, el primero que tuvo esta intuición, comprendió que el cristianismo era una religión nueva. Con audacia extraordinaria, declaró que la vieja ley judía, con la cual los primeros apóstoles habían dudado de romper, había caducado de hecho y de derecho, y que Jesús había venido a fundar una economía de salud del todo nueva”⁴¹.

Trató de que la Iglesia Romana aprobara su enseñanza; en cambio ésta la condenó en un sínodo celebrado en julio de 144. Marción entonces fundó su secta, con su doctrina y su liturgia, de la que se nombró pontífice máximo⁴²; y le dio sus libros sagrados, que consistían en Lucas y Pablo (censurados, para quitarles las “añadiduras” judías, pues a través de éstas habría pretendido infiltrarse el Creador para engañar a los hombres y desviarlos de la revelación del Padre)⁴³. Su secta fue activísima en reclutar sus prosélitos de las comunidades cristianas de la Iglesia, a la que acusaban de haber traicionado la doctrina apostólica. Marción murió alrededor del 160. Su secta significó el destrozo mayor de la Iglesia, hasta que poco a poco se fue extinguiendo por sí misma en occidente (según el dicho de 2 *Tim* 3, 5.9) de modo que no representaba más un peligro a fines del s. III. En cambio continuó por varios siglos en el oriente.

41. E. AMANN, “Marcion”, en DTC. IX, 2, col. 2019s.

42. Se encuentra una descripción de su liturgia y sus ritos de iniciación, en TERTULIANO. *Adv. Marc.* I, 14: PL 2, 262.

43. En los pasajes ya citados en las *fuentes* de los Padres heresiólogos, se encuentran muchos fragmentos de sus libros, sobre todo del *Evangelio marcionita*, del *Apostolicon* y de *Antitheses* (contraoposiciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento). De estos fragmentos se puede reconstruir parcialmente su doctrina: los ha reunido A. von HARNACK, *Marcion: das Evangelium from Fremdem Gott*, Leipzig, Hinrichs', 1921, en la parte II, 65-123 y 165-121.

Doctrina Marcionista

La doctrina de este heresiarca es muy original. Es ciertamente sincretista, aunque con muchos enfoques muy suyos⁴⁴. Es cristiano en su inspiración, pero con ribetes (no simple copia) de elementos gnósticos y judíos. No es del todo gnóstico, pues hace una interpretación bastante original.

“La enseñanza de Marción no puede entenderse sin la teología gnóstica, lo que es verdad sobre todo tratándose de su doctrina sobre los dos dioses. Porque aunque ésta se basaba en la interpretación que Marción daba a la enseñanza paulina sobre la Ley y el Evangelio (llevada a los extremos), sin embargo no puede deducirse de ésta la devaluación del dios creador y de su creación. El demiurgo de Marción corresponde del todo al de los gnósticos; aunque mientras para éstos el demiurgo suele ser significativamente un producto caído del mundo de la luz, para aquél su origen queda en suspenso, por no explicitar ninguna conexión con el ‘Dios desconocido’. También tiene paralelos con la gnosis la posición y descripción del Dios Salvador... En su evaluación del mundo y la materia, Marción también está fincado en suelo gnóstico, las consecuencias éticas (ascéticas) que saca de esta actitud anti-cósmica, pervaden toda su teología”⁴⁵

Es en cambio cercano al judaísmo en cuanto habla de verdadera creación y no de emanación de los elementos espirituales, y en cuanto siempre alega como base de su enseñanza la Escritura (aunque según su propio canon y exégesis)⁴⁶ y sin embargo es básicamente contrario a la revelación hebrea:

a) *El dios del Antiguo Testamento* es un dios con minúscula, creador del mundo. Su imperfección es fácilmente reconocible por tantas limitaciones y defectos en su obra. Gobierna mediante el rigor de la justicia y del castigo, por medio de la ley judaica: es implacable, justo, no

44. Es interesante la presentación de su sincretismo ritual, parte cristiano, parte mitraico, que hace R.J. HOFFMANN, *Op. cit.*, 18-25, donde afirma que para Marción el bautismo significaría que quien había recibido el conocimiento de Cristo quedaba liberado del mundo material dominado por el dios creador.

45. K. RUDOLPH, *The Nature and History of Gnosticism*, San Francisco, Harper & Row, 187, 315s.

46. Por tal insistencia en las Escrituras, A. von HARNACK, en *op. cit.*, lanzó la conocida hipótesis de que Marción habría sido de origen judío, y se habría basado en escritos originales paulinos, aunque mal interpretados, dada su creencia en la dualidad divina.

misericordioso, por lo tanto imperfecto y odioso; y la mejor prueba de ello serían las innumerables narraciones veterotestamentarias de actos sangrientos y llenos de violencia por él ordenados. A diferencia de los gnósticos puros, enseña que todo el hombre (cuerpo y alma) ha sido creado por ese dios demiúrgico, y por lo mismo todo el hombre está corrompido. Y sin embargo ese mismo dios le ha impuesto una ley imposible, de modo que lo obliga a pecar, puesto que el hombre no ignora esa ley, y sin embargo es incapaz de cumplirla.

Este dios habría prometido por medio de los profetas un mesías que habría de venir a someter a todos los pueblos al creador y a la observancia de la justicia según su Ley tal como la agurdaba Israel, el pequeño pueblo que ese dios habría logrado subyugar. Tal mesías, era el temor de Marción, un día tendría que venir para cumplir su obra, puesto que el dios demiúrgico es vengativo y no toleraría que los hombres se liberasen de su yugo. Pero puesto que la salvación consiste en la inmortalidad definitiva, ni este dios ni su Ley pueden asegurarla a los hombres. El Cristo del N.T. no podría ser pues el mesías prometido por los profetas, pues éstos miraban sólo a la liberación de los judíos, mientras Cristo se había revelado salvador de todos los hombres:

“El cristo de los profetas había de ser un dios guerrero, nuestro Cristo es el Dios de paz. El cristo de los profetas había de gobernar las naciones con cetro de hierro, y los reyes tendrían que doblegarse ante él, el cual habría de recibir como herencia a todos los paganos y establecer entre ellos su reino sin fin. Jesús no hizo nada de esto. Así pues el Cristo previsto por los profetas aún está por venir”⁴⁷.

En efecto, Jesús se habría revelado en plenitud a sus discípulos, tras la resurrección, para corregir sus desviadas expectativas: “Nosotros esperábamos que sería él el liberador de Israel” (*Lc* 24, 21). Jesús en cambio les demostró que el liberador de Israel debía ser un hombre de carne y hueso, como enviado del dios del A.T.; en cambio él era sólo un espíritu, pues como dice Tertuliano, Marción habría censurado *Lc* 24, 37, que, según él, en el original no decía: “Un espíritu no tiene huesos, como veís que yo tengo”; sino que esta versión correspondería a la corrupción introducida por el dios del A.T. para desviar la fe de los discípulos. El texto original leería: “Tocad mis manos y mis pies: un espíritu no tiene huesos, como podéis ver que yo no los tengo”⁴⁸.

47. R. S. WILSON, *Op. cit.*, p. 98.

48. TERTULIANO, *Adv. Marc.* IV, 43; PL 2, 466s.

b) *El Dios del Nuevo Testamento* es en cambio el Padre infinitamente bueno, Salvador, que habita en el último cielo, desconocido para el mismo dios creador y para las creaturas. Es por esencia perfecto y misericordioso. Ese Dios amante por pura misericordia envió a su Hijo⁴⁹ para salvar a los hombres de un mundo creado, miserable y sin esperanza, revelándoles quién es el Padre bueno, lo que constituye la esencia de todo el evangelio. Para manifestarse al mundo tuvo que aparecer en un cuerpo, que era sin embargo fantasmal⁵⁰. No habría pues nacido de mujer; sino que, según su interpretación de la parábola de *Lc 9; 21s*, él es aquél “más potente” que apareció “de improviso” en la forma de un cuerpo ya adulto para desarmar al que se había apoderado de la casa⁵¹. En este contexto Tertuliano explicita el papel de María en la economía de la salvación, mediante su maternidad virginal: la real virginidad en la concepción de Cristo es la prenda de la nueva economía; refiriéndose al signo de *Is 7, 14* dice:

“He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo. Ese signo de Dios no habría sido digno, sino una novedad monstruosa, y así, cuando los judíos se atreven a mentir para atacarnos, diciendo que las Escrituras no hablan de una virgen, sino de una jovencita, por sí mismos se refutan, ya que no podría ser signo de nada una cosa tan común como el que una jovencita quede preñada y dé a luz un hijo”⁵².

Y más adelante dice que el otro aspecto, el de la real maternidad, es signo de la verdadera carne de Jesús, la cual por María queda injertada

-
49. En la enseñanza de Marción no hay doctrina propiamente trinitaria, y así parece que el Hijo sea más bien una manifestación del Padre. Esto, si así debiese interpretarse, colocaría a este heresiarca en la posición de primer modalista.
50. Para refutar a Marción, TERTULIANO prueba ampliamente por los evangelios la verdadera carne de Jesús y su verdadero nacimiento. Si su carne no hubiese sido real, las Escrituras habrían mentido: “Si existe la verdad, se hizo carne; y si se hizo carne, nació”: *Adv. Marc.*, III, 11: PL 2, 336. De la verdadera carne de Jesús, en la cual encontramos nuestra única salvación, depende la unidad entre la creación y la redención, obras únicamente a través de las cuales podemos reconocer la unicidad del Dios Creador y Redentor.
51. TERTULIANO, *Adv. Marc.* IV, 23: PL 2, 416. En efecto, como cuenta ahí mismo, IV, 7, Col. 369, Marción interpreta el texto de *Lc 4, 31*, uniéndolo con *Lc 3, 1*: “El año décimoquinto del gobierno de Tiberio... descendió en Cafarnaúm de Galilea”, como si dijese: “descendió de su cielo no creado al mundo creado (por otro dios)”. Y así Marción niega el nacimiento carnal del Salvador (por tanto los evangelios de la infancia serían añadidos por el dios del A.T.), pues un nacimiento real hubiese significado un sometimiento del Dios supremo, mediante la carne, al dios inferior creador de la materia.
52. TERTULIANO, *Adv. Marc.* III, 13: PL 2, 388.

en una raza humana concreta, la de David⁵³. Sin embargo Marción, con los gnósticos docetas, insiste en negar la verdadera maternidad de María; para lo cual interpreta mal el evangelio, diciendo que cuando avisaron a Jesús que su madre y sus hermanos lo buscaban, éste habría corregido a quienes se lo comunicaban, diciendo que él no tenía madre ni hermanos. Tertuliano le responde:

“Los herejes son siempre así: roban a las expresiones su sencillez y llaneza, interpretándolas según las conjeturas que les vienen a gana. Nosotros en cambio decimos: primero, no hubiese sido posible que le hubiesen anunciado que su madre y sus hermanos estaban ahí buscándolo, si él no hubiese tenido madre y hermanos... Segundo, que con razón se indignó de que le comunicaran que sus parientes estaban afuera, estando tantos extraños en derredor suyo, atendiendo a una obra tan elevada. No los negó, sino los cambió de puesto. Por ello añadió: ‘¿Quiénes son mi madre y mis hermanos... sino quienes escuchan mi palabra y la ponen en práctica?’; así transfirió los títulos de la sangre a la fe. Pero si hizo madre y hermanos a quienes no lo eran, ¿cómo habría podido negar a los que lo eran?, no negando a éstos segundos, sino exaltando la condición de los primeros; y enseñó por propio testimonio lo que él mismo predicó, que quien no prefiere la palabra de Dios a su padre, a su madre y a sus hermanos, no puede ser su discípulo (*Mt* 10, 27). Incluso más reconoció como madre y hermanos a aquéllos a quienes parecía desconocer... no negando su verdad, sino confesándolos en un plano más digno”⁵⁴.

Este cuerpo fantasmal sería el que el dios del Antiguo Testamento hizo crucificar, porque ignoraba quién fuese Cristo. Pero al morir, éste “pagó” con su sangre por los que no eran suyos (pues habían sido creados por otro dios), para “comprárselos”, en lo que manifiesta la profundidad de su amor⁵⁵. La que hoy llamaríamos “redención subjetiva” se realiza mediante el conocimiento de Jesucristo y la libertación de la ley. Pero entonces la salvación estaría reservada sólo a la “chispa de vida” divina que hay en nosotros y no a la carne, de por sí insalvable. En efecto, Marción interpreta aquellas palabras: “Ni la carne ni la sangre heredarán el reino de Dios” (*1 Cor* 15, 50) como la condenación definitiva

53. TERTULIANO, *Adv. Marc.*, III, 20: PL 2, 350.

54. TERTULIANO, *Adv. Haer.* IV, 19: PL 2, 404s.

55. S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)* 42, 8: PG 41, 705.

de la materia. Así lo que se salvará del hombre será sólo el elemento espiritual, pues ha dicho el Señor: “Serán como ángeles” (*Lc* 20, 36). Por eso S. Ireneo veía el gran peligro del marcionismo en que éste ponía en entredicho toda la obra de Jesucristo al afirmar sólo la salvación del elemento espiritual del hombre (doctrina filosófica griega) y no la resurrección de la carne (que es la doctrina revelada)⁵⁶. Iguamente ve Tertuliano con angustia que una tal doctrina acabaría con toda la revelación de lo que significa nuestra redención por Jesucristo; pues echa por tierra su verdadera muerte y resurrección, y niega también la resurrección de nuestra carne, con lo cual, según el apóstol, “es vana nuestra fe” (*1 Cor* 15, 12).

Este Hijo, antes de volver al Padre, según Marción bajó al Hades para liberar a los que el dios justo había condenado según la Ley vieja, como Caín y sus seguidores, los sodomitas, los egipcios y los gentiles, porque reconocieron a Cristo; en cambio dejó condenados a Abraham, a los profetas y a todos los que el dios había juzgado justos según su Ley, porque esperando aún en las promesas del dios creador, no creyeron en el anuncio del evangelio⁵⁷.

Este Cristo tendría que salvar las almas (no los cuerpos, porque éstos son corruptibles, no redimibles), mediante la enseñanza, que está concentrada en el Sermón de la Montaña, que sería la contraposición misma de las matanzas ordenadas y de la Ley vengativa impuesta por el dios del A.T. Muchos discípulos habían creído en él, pero tras su muerte una mayoría se habría vuelto a las enseñanzas del dios del A.T.; por eso Cristo tuvo que aparecerse resucitado a Pablo para que (raptado hasta el tercer cielo) entendiese él quién era el Dios bueno del creador, y lo revelase así a los hombres, librándolos de la Ley. De parte de los hombres, acogerían la salvación sólo por la fe en ese Cristo, manifestada en el rechazo de la Ley vieja y en la estricta vida ascética para repudiar el cuerpo irredimible⁵⁸.

56. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 27, 3: PG 7, 689.

57. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 27, 3: PG 7, 689.

58. Según TERTULIANO, *Adv. Marc.* IV, 34: PL 2, 442, aunque la secta marcionita dejaba que todo mundo (aún los paganos) asistieran a la predicación, sin embargo sólo bautizaba y admitía a la eucaristía a quienes hubiesen renunciado definitivamente al uso del matrimonio. Según S. HIPÓLITO ROMANO, *Adv. Haer. (Philosoph)*. VII, 30: PG 16, 3334, Marción seguiría la moral de Empédocles de Agrigento, quien afirmaba que el cuerpo era materia, y como tal creado del dios del mal, luego “por ello prohíbes casarse, procrear hijos, abstenerse de alimentos que en cambio Dios creó para que los recibiesen quienes creen en él y conocen la verdad”.

Armado con esta doctrina, Marción fue el primero que fundó una Iglesia separada de la comunidad cristiana reconocida como la católica y apostólica. Para ello pretendió que los apóstoles habrían adulterado la enseñanza de la verdadera Iglesia fundada por Cristo y luego predicada por Pablo, y sería él quien la habría de retornar a su original pureza. Por ello dio a su secta una biblia con su propio canon:

“Le habría sido embarazante tratar de establecer los principios en nombre de los cuales él escogía los Libros santos que quería conservar, y reunía, mutilaba e interpretaba el texto sagrado. ¿En qué autoridad se basaba para emprender este trabajo? A diferencia de otros innovadores, como Montano, Maní, Mahoma, no parece que él hubiese apelado a una revelación particular. Parte simplemente de la persuasión de que el Evangelio que Jesús entregó a Pablo ha sido contaminado por el uso, y que las cartas del Apóstol han sido adulteradas. Por ello corta, suprime, ajusta. Es el triunfo del libre examen y de la interpretación privada”⁵⁹.

4. Valentín y los valentianos⁶⁰

Herejía muy extendida, hablan de ella ampliamente los Padres here-siólogos. De hecho no sabemos mucho sobre Valentín mismo, ni hay perfecto acuerdo entre los datos que se conservan. Nació en Egipto⁶¹ a principios del S. II, y pronto se fue a Roma durante el pontificado de San Higinio (136-140) como Marción⁶². Según unos allí vivió hasta su muerte, alrededor del 160 o poco después; según otros, habría muerto en Chipre, donde habría ido a fundar su secta. Incluso de sus obras, casi nada se conoce; sólo se han conservado algunos insignificantes fragmentos por las citas de los Padres. Muy pronto su grupo se dividió en muchas

59. É. AMANN, *Op. cit.*, col. 2025.

60. Fuentes principales: S. IRENEO, *Adv. Haer.* (diversas partes): PG 7, 433-1224; TERTULIANO, *Adv. Valent.*: PL 2, 523-594; CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Stromata* (diversas partes): PG 8, 685-1386; *Excerpta ex Scriptis Theodoti* (de Clemente?): PG 9, 651-698; S. HIPOLITO ROMANO, *Adv. Haer. (Philosoph)* (diversas partes entre IV, 50-X, 17): PG 16, 3119-3435; S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)*, sobre 31, 33, 36; PG 41, 473-544; 556-576; 633-641. Noticia en EUSEBIO, *Hist. Eccl.* IV, 11: PG 20, 328-332.

61. S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)*, 31, 2, 3: PG 41, 476; pero reconoce ahí mismo que el dato es inseguro.

62. S. IRENEO, *Adv. Haer.* III, 4, 3: PG 7, 856.

sectas, cuyas doctrinas se han conservado más enteramente⁶³. Sólo nos interesan por ahora los puntos comunes al valentinismo que desvían la fe cristológica. Por eso trataremos únicamente de trazar del modo más sencillo posible, algunos de los rasgos fundamentales de una doctrina tan intrincada, que suplía la falta de verdad con infinitos intrín-gulis.

Los seguidores de Valentín pueden distinguirse en dos bloques principales: los orientales y los occidentales. Mayor atención pondremos a éstos últimos, pues provocaron inmediatamente el desarrollo de la cristología de San Ireneo en el libro *Adversus Haereses*. Este mismo Santo Padre no se ocupa de ellos por un interés especulativo, sino sólo para conocer las artimañas con las que dichos sectarios engañaban con apariencias de verdad a los cristianos sencillos⁶⁴, y poder así ofrecer a éstos la doctrina de la verdadera fe respecto a los puntos atacados por los herejes con mayor saña:

“Se ejercitan alevosamente en presentar una apariencia de verdad, y así desvían la comprensión que tienen los menos expertos, y los aprisionan falseando las palabras del Señor, y educándolos en la mala interpretación de aquellas cosas tan bien dichas... No muestran claramente el error, porque descubriéndolo se entendería; sino lo adornan con discursos seductores, hasta hacerlo aparecer (¡ridículo es decirlo!) más verdadero que la verdad misma, para engañar así a los más sencillos con apariencias exteriores. Así lo expresó alguien más entendido que nosotros: Es como la injuria que se hace a una esmeralda preciosa, sustituyéndola con un vidrio que se le asemeje, fabricado con artificios para demostrarlo como de gran valor ante los ignorantes; hasta que aparece quien pueda probar aquella hechura fraudulenta y descubrir la artimaña”⁶⁵.

Y como lo que mueve a Ireneo es el interés pastoral y no el especulativo, no se preocupó por investigar directamente las doctrinas origina-

63. Abundan los estudios valentinianos, dada la importancia histórica de la secta, que invadió como un cáncer el cristianismo durante los primeros siglos. Para quien quisiera profundizar en su estudio, quizá lo mejor que se haya escrito sean los estudios de A. ORBE, *Estudios valentiniqnos* 5 t., Roma, PUG, 1955-1966.

64. TERTULIANO, *Adv. Valent.* 1: PL 2, 538-543 se queja de la doblez de dichos sectarios: ante los cristianos simples mostrarían un deseo de ser los más fieles al evangelio y a la doctrina de la Iglesia; pero una vez ganados éstos y aprisionados emotivamente, en secreto les enseñarían las falsas doctrinas reservadas a los iniciados.

65. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, Pref., 1-2: PG 7, 437-440.

les de Valentín, sino las de Ptolomeo y Heracles, los sectarios que amenazaban su rebaño, cuyos escritos leyó (él mismo nos lo dice), y discutió con ellos. Por eso para la presentación más directa de Valentín seguimos ahora a San Hipólito Romano, que sería el heresiólogo (entre los que nos presentan dicha doctrina) más cercano al evento mismo. Luego completaremos con San Ireneo algunos matices añadidos por los valentinianos del occidente.

Doctrina de Valentín

Podríamos distinguir entre la substancia y sus particularidades. Un estudioso de los gnósticos resume así la primera:

“Su principio distintivo es el poner el origen de la oscuridad, y por tanto una veta dualista del ser, *dentro* de la divinidad misma, y desarrollar luego la tragedia divina, la necesidad de salvación que de ella fluye, y la dinámica de esta salvación misma, como una secuencia de eventos al interior de la divinidad. Entendido radicalmente, este principio supone la tarea de hacer derivar no sólo tales hechos espirituales como la pasión, la ignorancia el mal, sino la misma naturaleza de la *materia* en su contrariedad al espíritu, como la primera fuente espiritual: su existencia misma debe recontarse en términos de la misma historia divina. Lo cual significa, en términos *mentales*, y más particularmente en vista de la naturaleza del producto que de ahí ha resultado, en términos de error y falla divinas. Así, la materia parece como una función más que como una substancia por sí misma, como un estado o ‘afección’ del ser absoluto”⁶⁶.

Según algunos heresiólogos, habría tomado su doctrina básica de Simón Mago, al menos como punto de partida⁶⁷. Pero, y desde aquí sigo de cerca a San Hipólito, habría fabricado una doctrina más compleja bajo el influjo de Pitágoras y Platón, a los que habría añadido sus propias especulaciones, hasta el punto de “fundar una herejía griega, ciertamente nueva, pero sin sentido, y del todo extraña a Cristo”. Luego el heresiólogo expone los elementos de aquellos filósofos en que Valentín se había inspirado. He aquí algunos de entre los principales: existen dos mundos, el inteligible (real) y el sensible (aparente), que provienen de

66. H. JONAS, *The Gnostic Religion*, Boston, Beacon Press, 1958, 174.

67. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 23, 2: PG 7, 672; S. HIPOLITO ROMANO, *op. cit.* VI, 20, 4: PG 3226; S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)* 31, 9: PG 41, 489, repite la misma imagen del vidrio y la esmeralda.

dos principios: uno ingénito (la mónada) y uno engendrado (la díada, madre de los seres engendrados). Nuestra razón pertenece al mundo inteligible, real, del espíritu; mientras nuestros sentidos forman parte del mundo ilusorio de la materia, que deriva del inteligible:

“Según Pitágoras las estrellas son fragmentos del sol, y las almas de los animales provienen de las estrellas. Mientras están sepultadas en el cuerpo como en una tumba, son mortales, pero luego resucitan inmortales cuando nos libramos del cuerpo”⁶⁸.

A partir de aquí empieza la doctrina de Valentín, que, como dice Hipólito, en algunos puntos es común con sus seguidores, en otros difiere:

“Según ellos, el principio de todo lo que existe es una mónada ingénita, incorruptible, incomprendible, no captable por el pensamiento, progenitora y causa de la existencia de cuanto existe. A esta mónada llama *el Padre*”⁶⁹.

Como el Padre amaba, y no queriendo vivir en soledad, emitió una díada, que fueron *Noûs* y *Alêtheia* (el *Pensamiento* y la *Verdad*, elementos masculino el primero y femenino el segundo). Esta díada, siguiendo la fecundidad del Padre, engendraron el *Logos* y la *Vida*, los cuales a su vez produjeron al *Hombre* y la *Iglesia* (y otros 10 eones, en número perfecto)⁷⁰. El último de los eones, femenino, fue *Sophía* (la Sabiduría): ésta, por mimetismo del Padre, quiso engendrar sola (sin caer en la cuenta de que el Padre tiene en sí todos los principios opuestos, masculino y femenino, y por ello podía engendrar por sí sólo creaturas perfectas); pero al faltarle el elemento masculino, *Sophía* engendró una substancia sin forma, que fue la tierra, de la que dijo Moisés que en el principio era “informe y no labrada” (*Gen 1, 2*).

68. S. HIPOLITO ROMANO, *Op. cit.* VI, 25: 3231; sobre el origen helénico de esta doctrina, cf. también TERTULIANO, *Adv. Valent.* 15: PL 2, 567-569.

69. S. HIPOLITO, *Op. cit.* VI, 29, 3235. Y señala algunas diferencias de sus seguidores: “Algunos, para mantener la pureza del dogma pitagórico de Valentín, dicen que el Padre es solo, no femenino y célibe. Otros en cambio creen imposible que del solo elemento masculino pueda provenir la generación de cuanto existe, y así postulan una cónyuge para el Padre de todas las cosas que existen, para que pueda ser Padre, y a tal cónyuge llaman *Sighé* (*Silencio*). Pero sobre *Sighé*, si existe o no como cónyuge, disputan entre sí. Nosotros, para mantener el principio pitagórico, interpretamos la unidad sin cónyuge y sin sexo femenino, no engendrado”.

70. El total de las divinidades inferiores emanadas es de 30, en 15 díadas cada una con un elemento masculino y otro femenino; cf. la lista en S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)* 31, 2: PG 41, 476-477.

“Esta negatividad es el residuo de la perturbación que, *a través de* la conversión de *Sophía* y la *separación* que ésta suponía, se ha hipostatizado en una realidad por sí misma. Sólo así podía el *Pléroma* deshacerse de ella (la materia). No es pues que el *Límite* haya sido proyectado en la constitución original de la *Totalidad*, o sea en la libre y adecuada autoexpresión de la divinidad, sino que surgió como una necesidad de la crisis, como un principio de consolidación y una separación protectora”⁷¹.

Y como la *Sabiduría* estaba desolada por el aborto que había producido, para poner algún remedio el *Noûs* y la *Alétheia* procrearon a *Cristo* y al *Espíritu Santo* (que es la *Sophía* o *Sabiduría*). Para separar de los eones perfectos esta deformidad, a fin de que aquéllos no se corrompiesen, el Padre creó la *Cruz*. Entonces el eón llamado el *Cristo* creó una *Ogdóada*, que es la *Sophía Externa* (es decir, fuera del *Pléroma* o región celestial de “la Plenitud” donde habitan los perfectos). Entonces los eones se reunieron, y para honrar al Padre por su obra, todos juntos emitieron a *Jesús*, para que fuera el Sumo Sacerdote⁷².

Entonces, como la *Sophía Externa* tuvo miedo de lo que había hecho, su temor se hizo substancial: así engendró al *Demiurgo* que de la substancia material y diabólica producto de Beelzebud “Príncipe de este mundo”, creó los cuerpos para que en ellos habitasen las almas⁷³, y a esto se refiere el texto de *Gen 2, 7*, pues los cuerpos fueron formados del fango de la tierra:

“Según ellos, este *hombre material* es como una posada o habitación donde mora a veces el alma sola, a veces con los demonios, a veces con las *Palabras* (*Lógoi*). Son las *Palabras* que siembran en este mundo como un fruto del *Pléroma* y la *Sabiduría*, y que habitan en un cuerpo junto con el alma, cuando ésta no ha dado alojamiento a los demonios. Por eso se lee en la Escritura: ‘Doblo la rodilla ante Dios, el Padre y Señor de Jesucristo, para que nos conceda que el

71. H. JONAS, *Op. cit.*, 184. No es pues que Dios haya querido la materia limitada, pues todo en la Plenitud es infinito: la limitó para proteger de ella los espíritus que viven en la Plenitud. La *Cruz* señala así los límites infranqueables entre lo espiritual y la materia.

72. Cf. también TERTULIANO, *Adv. Valent.* 11-12: PL 2, 559-563.

73. Debió ser muy común entre los gnósticos la idea de que el *Temor* es el origen de la creación del hombre, desde Adán: la refuta contra Valetín Clemente de Alejandría *Stromata* II, 8: PG 8, 972, donde cita uno de los pocos fragmentos originales que se conservan del heresiarca, que el *Demiurgo*, Dios de los hombres y Señor del universo, creó el mundo de substancia animal y material, cf. TERTULIANO, *Adv. Valent.* 20; PL 2, 274-275.

Cristo habite en nuestro hombre interior', o sea en el *Hombre Psíquico*, no en el corporal, 'para que podáis comprender la profundidad', o sea el *Padre* del universo, 'la anchura', o sea la *Cruz*, que separa el *Pléroma*, 'y la altura', o sea el *Pléroma celeste*, habitación de los eones (*Ef* 3, 14-18)"⁷⁴.

Los profetas y la Ley antigua por ignorancia habrían hablado del *Demiurgo* como si fuera el Dios; por eso dijo Jesús: "Todos los que me precedieron eran ladrones y salteadores" (*Jn* 18, 8)"⁷⁵.

"Al fin de los tiempos, cuando fue conveniente quitar el velo que ocultaba los misterios, nació Jesús por medio de María la virgen, como está escrito: 'El Espíritu Santo (o sea *Sophía*, la *Sabiduría*) descenderá sobre ti y la fuerza del Altísimo (o sea el *Demiurgo*) te cubrirá con su sombra; por eso lo nacido de ti será llamado santo', ya que no lo engendró sólo el *Demiurgo* como a Adán y a los que como él fueron creados... Jesús es el *Hombre Nuevo* porque fue creado por el *Demiurgo* y por *Sophía* (*Espíritu Santo*); así pues, el *Demiurgo* creó su cuerpo, pero el *Espíritu Santo* le dio la subsistencia, y así nació el *Lógos* celeste, engendrado por la *Ogdóada* (*Sabiduría Externa*) a través de María"⁷⁶.

Según este esquema de los seres y de sus varias caídas en diversos órdenes, son necesarias tres redenciones: la primera, del *Demiurgo*, que cree ser el único Dios, y por tanto debe ser liberado de su ignorancia por la *Sabiduría*. La segunda redención necesaria es de la *Sabiduría Exterior* al *Pléroma*, que debía ser liberada de sus pasiones por las cuales, engreída, había engendrado el aborto del mundo inferior: para ello el *Noûs* y la *Alétheia* engendraron y enviaron al *Cristo Superior*. Y finalmente, era indispensable poner orden en este engendro de mundo inferior: por eso el *Demiurgo* y el *Espíritu Santo* (*Sophía*) formaron a Jesús en el seno de María virgen:

"Por tanto enseñan que existen tres *Cristos*: el que el *Noûs* y la *Alétheia* superemitieron junto con la *Sophía*, fruto del *Pléroma*, cónyuge de la *Sophía Externa* (ésta misma llamada también *Espíritu Santo*, aunque de un orden inferior a la primera *Sophía*, la celeste), y el

74. S. HIPOLITO ROMANO, *Op. cit.* (*Philosoph.*) VI, 34: 3216; y cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 4, 1-5: PG 7, 477-492.

75. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 5, 3: PG 7, 496.

76. S. HIPOLITO ROMANO, *Op. cit.* VI, 35, 3247.

tercer *Cristo* nacido por medio de María para corregir la condición de este nuestro mundo”⁷⁷.

Sin embargo hay que notar con K. Rudolf que para los gnósticos la redención no es primariamente individual, sino universal en cuanto cósmica, ya que si las “almas o espíritus” son como chispas de la divinidad escapadas del ámbito celeste y caídas en este mundo, al regresar a su origen por el conocimiento, completan el Pléroma que parcialmente había degenerado al quedar ellos atrapados en la materia⁷⁸.

Variaciones de los Valentianos

Siendo semejantes en los dogmas básicos, los seguidores del herejarca modificaron la doctrina en algunos puntos, de entre los cuales indicamos los que interesan a nuestro propósito:

Sobre la naturaleza del cuerpo de Cristo

Hay que hacer notar, ante todo, que según estos sectarios, hay tres tipos de hombres: el primero, el de los que viven en un *cuerpo pneumático*, es decir en un cuerpo creado por el Demiurgo pero poseído por el *Espíritu*⁷⁹. Estos ya están rescatados, y una vez corrompido el cuerpo terreno su yo se liberará definitivamente, más aún ya está libre en esta tierra mediante el conocimiento de la verdad (la de ellos). El segundo tipo es el de aquellos que viven en un *cuerpo psíquico*, los cuales pueden liberarse si por la iluminación hacen que esa alma (*psiché*) que anima el cuerpo, supere la cárcel del cuerpo material en la que se encuentra aprisionada. Finalmente los *hombres hýlicos* o materiales, que definitivamente están perdidos, son incapaces de elevarse de las cosas del mun-

77. S. HIPOLITO ROMANO, *Op. cit.*, VI,36, 3250.

78. Cf. K. RUDOLF, *Gnosis*, San Francisco, Harper & Row, 1987, p. 116.

79. Esta división del hombre en materia, alma y espíritu, según cuyo predominio el hombre sería material, anímico o espiritual, es básica entre los herejes valentinianos: hablan de ella todos los heresiólogos, como TERTULIANO, *Adv. Valent.* 29: PL 2, 583-584. He aquí un resumen de la antropología del hereje Ptolomeo: “El hombre está constituido de diversas substancias y unido a tres distintos universos: por su cuerpo pertenece al mundo terrestre; por su semilla espiritual depositada en él está destinado al pléroma; por su alma está orientado al mundo intermedio. El Demiurgo, habiendo fabricado el mundo, elaboró al hombre terrestre o material con ayuda de la materia fluida o de la substancia invisible, es decir sin forma determinada. En este hombre terrestre introdujo el sopro de vida su hombre psíquico, y le añadió el carnal o sensible. Estos tres elementos corresponden a la imagen, a la semejanza, y al vestido de pieles de que habla el relato del Génesis”: A. HOUSSIAU, *La christologie de saint Irénée*, Gembloux, J. Duculot, 1955, p. 149; en referencia a S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 5, 5: PG 7, 500-501.

do, y así se corromperán enteramente junto con el cuerpo de fango⁸⁰. Según esta división de los hombres, diferirían las opiniones acerca de qué tipo sería el cuerpo de Cristo. Naturalmente no podía ser *hýlico*, pero quedaban dos posibilidades:

“los italianos, entre los cuales Heracles y Ptolomeo, afirman que Jesús tuvo un cuerpo psíquico, y por eso descendió en el bautismo el Espíritu en forma de una paloma, es decir, el *Lógos* que proviene de la *Sophía*; la madre que procede de lo alto, que al unirse a lo psíquico lo resucitó de entre los muertos. Así interpretan ellos las palabras: ‘El que resucitó a Cristo de entre los muertos también dará la vida a vuestros cuerpos mortales’ (*Rom* 8, 11), o sea los cuerpos psíquicos. Pues el cuerpo de barro está sometido a maldición: ‘Eres tierra y a ella volverás’ (*Gen* 3, 19). Los orientales, entre ellos Axiónico y Ardesianes, enseñan que el cuerpo de Cristo era pneumático, pues sobre María descendió el Espíritu Santo, o sea *Sophía*”⁸¹.

Sobre el Cristo del Evangelio

Es la doctrina cristológica más popularmente conocida de los valentinianos:

“Algunos de ellos enseñan que el *Demiurgo* emitió un hijo propio, el *Cristo*, de cuerpo psíquico, y que había hablado por los profetas. Este mismo *pasó a través de María como el agua por un canal*. En el bautismo descendió sobre éste el Salvador, en forma de paloma, emitido por todos los eones del *Pléroma*”⁸².

La frecuencia con que los heresiólogos hablan de esta doctrina, prueba cuán común era entre los valentinianos; aunque las diversas sectas enseñaban con matices variados. He aquí cómo Tertuliano nos lo transmite de una de ellas:

“No nacido de la virgen, porque fue puesto en la virgen, y de ella salió no a modo de generación, sino de pasaje: no de ella, sino a través

80. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.*, I, 6, 1: PG 7, 504.

81. S. HIPOLITO ROMANO, *Op. cit.* VI, 35: PG 16, 3250.

82. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 7, 2: PG 7, 513-516. La creencia de que Jesús salió del seno de su madre sin romper el himen es de origen doceta, como se ve por esta cita; precisamente no habría lesionado la madre, porque en realidad su cuerpo no sería real, sino pneumático, hecho de “materia celeste”; por eso habría pasado “como agua por un canal”: imagen repetida con frecuencia, si bien según S. EPIFANIO, *Adv. Haer. (Panarion)* 31, 7: PG 41, 488, y de nuevo en n. 22, col. 517, esto sería signo de que el cuerpo de Jesús era celeste, y por tanto de que “nada tomó de aquel seno, pues había formado su cuerpo del cielo”.

de ella (*Per ipsam, non ex ipsa*); no la tuvo como madre, sino como vía⁸³.

Algunos afirmarían la verdadera carne de Jesús, nacido de José y María, pero que no sería el Cristo: éste habría descendido sobre Jesús en el bautismo, para abandonarlo poco antes de la muerte en la cruz: así habría muerto no el Cristo (incorruptible) sino sólo el cuerpo de Jesús.

Sobre la moral valentiniana

De lo anterior derivan dos niveles de moralidad: la de los hombres pneumáticos, que como poseedores de la verdad, y ya rescatados, no necesitan someterse a las leyes hechas por los cuerpos terrenos, y así pueden entregarse a todos los que otros consideran vicios carnales, que en realidad no pueden dañar a "los perfectos y semilla elegida", pues como el conocimiento han recibido la gracia definitiva. En cambio los hombres psíquicos no tienen esta libertad, porque están guiados por la concupiscencia, y por lo mismo tienen que liberarse de ella mediante una moral estricta⁸⁴.

Sobre los sacramentos

Siendo la redención toda espiritual, ésta nada tiene que ver con el cuerpo. Por ello la mayor parte de estos sectarios no aceptan el bautismo; algunos sí, pero únicamente como signo de que el gnóstico ha logrado liberarse del cuerpo material, y ha adquirido la gracia del conocimiento. Por eso, dice San Ireneo, usan diversas fórmulas bautismales que lo indican. Y nos refiere algunas, como la siguiente:

“En el nombre del *Padre del Todo*, que es desconocido; y en la *Verdad*, que es la madre, y en el que descendió sobre *Jesús*, para la unión, redención y comunión de las *Potencias*”⁸⁵.

83. TERTULIANO, *Adv. Valent.* 27: PL 2, 581. Según A. ORBE, *Cristología gnóstica*, v. 1, Madrid, BAC, 1976, pp. 424s, Basírides, entre los gnósticos, aceptaba "todo lo relativo al Salvador, 'tal como está escrito en los evangelios' ", y por lo mismo su nacimiento de María.

84. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 6, 3-4: PG 7, 508-512; CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Stromata* III, 4: PG 8, 1136 habla de esta "moral" valentiniana, y dice que su doctrina no era sino un pretexto religioso para entregarse a la liviandad y al libertinaje. Un juicio, sin embargo que no podría ser válido para todas las sectas gnósticas.

85. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 21, 3: PG 7, 661.

Sobre la consumación final

Desde luego son diversos los destinos de los eones y de los hombres. Nos interesa la escatología de los segundos: como suelen distinguir entre *alma* y *espíritu* (la primera unida al cuerpo, el segundo un ser en sí mismo que se libera por el conocimiento), el alma habrá de desaparecer junto con el cuerpo, o poco después, conforme el espíritu se vaya purificando, y finalmente será éste el que se salve definitivamente, “ya que nada psíquico puede entrar en el *Pléroma*”⁸⁶. Por eso el fuego destruirá en el fin toda materia, y una vez aniquilada ésta él mismo se consumirá para siempre, de manera que nada quedará sino los espíritus con los eones y el Dios Padre desconocido⁸⁷.

5. La cristología de San Ireneo⁸⁸.

Nacido en Asia Menor, tal vez en Esmirna (± 140), donde fue discípulo de San Policarpo⁸⁹, el cual había sido convertido, bautizado y ordenado obispo por los Apóstoles. Recibida de él, pues, Ireneo nos transmite la doctrina apostólica. Emigró ya presbítero a las Galias (± 177), de donde fue enviado por la Iglesia de Lyon al Papa San Eleuterio para tratar el problema de la herejía montanista. A su regreso fue nombrado sucesor del obispo Fotino (± 180). Murió a principios del S. III.

86. S. IRENEO, *Adv. Haer.* I, 7, 1: PG 7, 512-513.

87. El problema gravísimo, para todos los Padres heresiólogos, es que tales sectas diluyen el significado de la salvación en Cristo. Por ej. S. EPIFANIO, *Adv. Haer.* (panarion) 31, 7: PG 41, 41-488: “Enseñan que (el Verbo-Cristo) fue producido para liberar el género espiritual que había tenido origen celeste, pero había caído al estado terreno. Niegan la resurrección de la carne, sobre la que inventan fábulas, diciendo que no resucita nuestro cuerpo, sino otro que ellos llaman pneumático”; y CLEMENTE DE ALEJANDRIA, *Stromata* IV, 13: PG 8, 1297, cita para refutarlo uno de los pocos textos de Valentín que se conservan, donde dice el heresiarca: “Erais al principio inmortales e hijos de la vida eterna... Cuando disolvéis el mundo, vosotros no os disolvéis, pues sois señores de la creación, y de todo tipo de corrupción”; esto supondría que el hombre es sólo su espíritu, mientras el cuerpo es únicamente una habitación que se deshace, y algo pecaminoso y negativo. Tal afirmación, según Clemente, hace imposible la bondad del único Creador, y el tipo de victoria de Cristo sobre la muerte.

88. Indispensable auxilio es la obra de A. ORBE, *Teología de San Ireneo* 2 t., Madrid, BAC, 1985-1987.

89. Cf. EUSEBIO, *Op. cit.* V, 20, 484-485.

Nos centraremos en su libro *Adversus Haereses*⁹⁰. Los cuatro primeros libros se dirigen principalmente a la exposición y refutación de las principales sectas de su tiempo, más por motivo pastoral que especulativo, como hemos dicho. En el libro quinto, Ireneo hace una breve pero medular síntesis de la doctrina cristológica que, como él mismo nos dice, es la respuesta decisiva a las herejías, ya que representa la fe transmitida por los Apóstoles. Esta última es la más profunda preocupación de los Padres, y la que los mueve a profundizar en la doctrina, como hemos comentado de San Ignacio:

“Hemos expuesto la verdad y el mensaje de la Iglesia, preanunciado por los profetas, como hemos dicho, llevado por Cristo a la perfección, transmitido por los Apóstoles, de los cuales lo recibió la Iglesia, y ella es la única que lo conserva intacto en todo el mundo y lo presenta a sus hijos... Nosotros obedecemos al mandato de administrar la Palabra, y procuramos, de todas las maneras posibles a nuestra capacidad, presentar el mayor número posible de ayudas para combatir a los herejes y convertir a los errantes volviéndolos a la Iglesia de Dios, y al mismo tiempo para confirmar en la fe de la Iglesia a los neófitos, de modo que la conserven intacta, y que no se dejen desviar de ella por aquéllos que tratan de alejarlos de la verdad con enseñanzas negativas”⁹¹.

La resurrección de la carne

Como para todos los Padres de la época, el motivo soteriológico es la clave para entender su teología. No los mueve la especulación (más propia de los gnósticos) sobre Cristo; sino la finalidad misma de toda economía de Dios: la salvación del hombre. Y ésta, de acuer-

90. Su nombre original es *'Elénkou kai ánatropés tés pseudónymou gnóseos bíblia pénte* (Cinco libros sobre la exposición y refutación de la falsa gnosis). Se encuentra en PG 7, 433-1224. Colateralmente usaré otra obra de Ireneo, apenas descubierta en 1904, en versión armenia (antes sólo se conocía su existencia por EUSEBIO, *Op. cit.* V, 26, 509, donde nos dice que Ireneo la dedicó a su hermano Marciano); *'Epidéixis tou ápostolikou kerýgmatos* (Exposición de la predicación apostólica). Sigo la edición en francés de L.M. FROIDEVAUX, en *Sources Chrétiennes* (SCh), Paris, Cerf, 1959.

91. S. IRENEO, *Adv. Haer.*, V. Praef.: PG 7, 1119-1120. También es la preocupación de la *'Epidéixis* 98: SCh 62, 198: “Esta es la predicación de la verdad, ésta es la imagen de nuestra salvación, éste es el camino y la vía que los profetas anunciaron, que Cristo estableció, que los Apóstoles han transmitido, y que la Iglesia transmite a sus hijos por toda la tierra”. Constantemente vuelve al mismo tema: “Todos aquellos que quieran conocer la verdad, pueden encontrarla en la tradición de los Apóstoles, que se enseña en todas las Iglesias del mundo”: *Adv. Haer.* III, 3, 1: PG 7, 848, pero de modo especialísimo en la Iglesia romana; él nos ha conservado los nombres y orden de cada uno de los obispos de Roma, que afirma sucesores de los Apóstoles Pedro y Pablo, y nos dice: “Es necesario que todas las Iglesias estén de acuerdo con esta Iglesia por razón de su primado supremo (*“propter potiorem principalitatem”*), me refiero a los fieles de todo el mundo, porque en ella se ha conservado la Tradición que viene de los Apóstoles”: *ibid.* n. 2, col. 849.

do a la revelación, tiene como término la resurrección de nuestra carne. Por ello casi desde el principio todos los credos de las Iglesias locales, y luego los grandes credos conciliares, terminan con el último artículo que sintetiza toda la doctrina: "Creo en la resurrección de la carne". Así también Ireneo empieza su exposición cristológica del libro V por esta confesión de fe, que invade todo su tratado. Pero tal meta de la plena liberación del hombre es posible sólo porque Cristo en su carne ha resucitado de entre los muertos. Son así las dos resurrecciones, la de Cristo y la nuestra, como las dos cimas nevadas que coronan la inmensa montaña de la teología de este Padre de la Iglesia: el resto son como las grandes bases de basalto que dan el soporte a tales picos, y de esas bases los cimientos incommovibles son la bondad del único Creador y Padre, que se ha mostrado en la creación de nuestro cuerpo destinado a la resurrección, y la encarnación verdadera de su Hijo como condición y garantía de su obra salvadora. Por ello podríamos decir que para Ireneo el fin de toda la obra creadora y redentora no es ni siquiera la encarnación o resurrección de Cristo (ya que no se hizo carne para sí mismo)⁹², sino la resurrección de nuestra carne, pues toda la economía del Padre tiene sentido solamente "por nosotros los hombres y por nuestra salvación", que en Ireneo podría leerse perfectamente: "por nosotros los hombres y por nuestra resurrección". Y no confundamos esta doctrina con la "salvación del alma", por ninguna parte prometida en la Escritura (por más que sea una seria *explicación teológica* muy posterior, sobre todo del "estado intermedio", cuando se trata del *ěschaton* del hombre), y que predicaban los gnósticos de los primeros siglos, llevados por su pesimismo sobre el valor de nuestra carne:

"Decir que el Templo de Dios, en el que habita el Espíritu del Padre y que constituye los miembros de Cristo no participa en la salvación, sino está destinado a la perdición, ¿no es acaso la más grave de todas las blasfemias?"⁹³.

Para los Padres Griegos es muy común ver en la muerte y corrupción la consecuencia y signo del pecado. Siendo nuestra alma por naturaleza inmortal, no es primariamente ella a la que el Hijo de Dios vino a rescatar al hacerse carne, sino más bien nuestra carne. Pues siendo el

92. "El Señor modeló al hombre del barro, y por causa de este hombre tuvo lugar toda la economía de la venida del Señor": *Adv. Haer.* V, 14, 2: PG 7, 1162.

93. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 6, 2: PG 7, 1139. Y para que no quedasen dudas, comentando, 1 *Cor* 6, 11-14, dice que ahí Pablo llama Templo del Espíritu Santo y miembros de Cristo no a las almas, sino a nuestros cuerpos de carne.

cuerpo el elemento corruptible, es éste el que necesita revestirse de la inmortalidad, y para eso el Verbo se hizo uno de nosotros: “¿Qué cosa menos noble que la carne muerta? ¿Y qué cosa más noble y gloriosa que la carne resucitada participante de la incorruptibilidad?”⁹⁴. Por ello en la debilidad de nuestra carne se manifiesta la potencia y el señorío salvífico de Dios.

Ciertamente *no era necesario* pagar por nuestra resurrección un tan alto precio. El Padre que nos había creado de la nada y destinado a la inmortalidad original podía con el solo poder de su Palabra restaurar al hombre caído y darle de nuevo el don perdido. Pero *era conveniente que lo hiciese el Hijo, porque habíamos sido originalmente creados a imagen de Dios*, y tal imagen es el Verbo. Pero no se dice por ninguna parte en la Escritura que sea *el alma humana* la creada conforme a esta imagen, sino *el hombre*, es decir todo el compuesto, vivificado por el Espíritu:

“Lo que la mano del Padre ha creado no es una parte del hombre, sino todo el hombre, según la imagen de Dios. El alma y el Espíritu pueden ser una parte del hombre, pero no el hombre. El hombre es el conjunto y la unión del alma que asume el Espíritu del Padre, en su misión con la carne, modelada según la imagen de Dios”⁹⁵.

Eran los herejes gnósticos quienes distinguían entre carne, alma y espíritu en el ser humano, como base para poder separar los tres tipos de hombre, carnal (sin salvación), psíquico (con salvación posible si adquiere la gnosis) y espiritual (ya salvado por el conocimiento), y para reconocer sólo en este último la “chispa divina” procedente del Dios supremo. San Ireneo responde que la doctrina apostólica es diversa de la sectaria: tanto el cuerpo como el alma han sido creados buenos por el único Dios Creador, y hechos según la imagen de Dios, que es el Verbo; la semejanza con Dios es el Espíritu Divino, que al principio el Señor concedió al hombre como gracia, y es el don que éste perdió por el pecado: restaurar tal semejanza en el hombre es hacerlo completo (“*perfectus*”) según el plan original del Padre, volviéndole a dar la vida del y por el Espíritu. Y en esto consiste su salvación:

94. S. IRENEO, *Adv. Haer.*, V, 7, 2, PG 7, 1140.

95. S. IRENEO, *Adv. Haer.*, V, 6, 1, PG 7, 1137-1138.

“Este modo de concebir las cosas implica una consecuencia de la mayor importancia para el conjunto de la teología de Ireneo: y es que la perfección no se encuentra en el origen, sino en el término. Entendámonos bien: hay en el origen una cierta perfección — y es que Dios ha dado su Espíritu al primer hombre. El progreso pues no será el paso de un hombre natural a uno sobrenatural. Sino la verdad está en que el primer hombre es un ser niño, aún rudimentario, y que en consecuencia la participación en el Espíritu que se le ha dado es proporcional a lo que él puede soportar, y por-ello fácilmente perdible. Hay pues una unidad en el plan de Dios. El Espíritu no cesa jamás de estar presente en el hombre, ni el Verbo, que son las manos de Dios. Es el hombre el que no puede recibirlo sino de manera progresiva”⁹⁶.

Por ello es *todo el hombre* lo que debe ser salvado, y no solo su alma, lo que sólo es posible por la resurrección. Y ya que el alma no es corruptible, en realidad es a nuestra carne a la que se ha hecho la promesa de la plenitud, por la participación de la resurrección en Cristo:

No es verdad que una cosa muere, y otra es vivificada; como tampoco lo es que una cosa es la que se ha perdido, y otra la que ha sido encontrada. El Señor ha venido a buscar la misma oveja que se había perdido. Así pues, ¿qué es lo que había muerto? Ciertamente la substancia de nuestra carne, que había recibido el soplo de la vida y había perdido ese soplo y por ello había muerto. Así pues el Señor ha venido a vivificarla, para que, puesto que todos moríamos en Adán, depusiéramos no la obra creada por Dios sino sólo los deseos carnales, para recibir así al Espíritu Santo”⁹⁷.

El sentido salvífico de la encarnación

Por eso el Hijo, imagen perfecta del Padre incorruptible, se ha hecho carne: para que participásemos nosotros de su incorruptibilidad. Esta teología de Ireneo corre por dos pistas ya clásicas, paralelas e inseparables entre sí:

96. J. DANIELOU, *Message évangélique et culture hellénistique*, Tournai, Desclée, 1961, 369.

97. S. IRENEO, *Adv. Haer.*, V, 12, 3: PG 7, 1153-1154. “El fruto de la obra del Espíritu es la salvación de la carne. En efecto, ¿qué otro es el fruto visible del Espíritu invisible, sino hacer la carne madura y capaz de acoger en sí la incorruptibilidad?... Diciendo: ‘A imagen del que lo ha creado’, indica la recapitulación de aquel hombre que al principio había sido hecho conforme a la imagen de Dios”: *Adv. Haer.*, V, 6, 2: col. 1152. Y cf. V, 13, 15, col. 1156-1160.

La teología del intercambio es el principio teórico, que en breve puede enunciarse: “El se hizo hombre para divinizarnos”. Puede luego tener diversos enunciados particulares según el aspecto al que se aplica, por ejemplo: el incorruptible se ha hecho corruptible para hacernos participantes de su incorruptibilidad.

La recapitulación es el camino práctico seguido por Cristo para realizar dicho intercambio: pecando por desobediencia al Padre, el hombre creado para la incorruptibilidad se hizo corruptible en Adán, cabeza de la raza pecadora. Jesús, hecho hombre en nuestra carne, ha recorrido el camino inverso (ha obedecido, contra la desobediencia del primer hombre) para que, resucitando (ya que fue exaltado en razón de su obediencia: *Fil 2, 6-11*), resucitésemos con él. Así el Cristo resucitado ha sido constituido la nueva cabeza de la humanidad redimida (doctrina llamada de la recapitulación), así como Adán lo había sido de la humanidad pecadora. Pero si bien la resurrección de Cristo apunta al término de la recapitulación, toda la vida de Jesús: tentaciones, predicación, milagros, etc., nos indican el camino trazado de la obediencia concreta al plan del Padre, que también nosotros debemos recorrer con él para ser salvos⁹⁸.

“Porque en Adán, la primera creatura, habíamos sido encadenados a la muerte por el hecho de la desobediencia, era necesario que las cadenas de la muerte fuesen rotas por la obediencia de aquél que se había hecho hombre por nosotros. Y como la muerte había reinado sobre la carne, era necesario que por medio de la carne fuese abolida, y el hombre fuese liberado de su opresión. El Verbo pues se hizo carne para que, por medio de la carne —gracias a la cual había obtenido poder, derecho de posesión y dominio— el pecado fuese abolido y no se encontrase más en nosotros. Por ello nuestro Señor tomó una ‘coporalidad’ idéntica a la de la primera creatura”⁹⁹.

La verdadera encarnación del Hijo de Dios no tiene otro sentido que el hacernos posible en Cristo este camino hacia la resurrección (*posible*

98. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* VI, 21, 1-2: PG 7, 1179-1182.

99. S. IRENEO, *Epideixis* 31: Sch 62, p. 81.

en él para nosotros, hombres de carne)¹⁰⁰, y también posible la resurrección misma (porque siendo el alma incorruptible por naturaleza, lo que resucita es la carne): de ahí que Jesús no se hizo carne para salvar nuestras almas, sino para resucitar nuestra carne¹⁰¹.

La carne de Cristo, nuestra redención

Su carne por nuestra carne, su sangre por nuestra sangre: en la cruz se realizó este intercambio de su dignidad con la pobreza de nuestra muerte, a la cual él quiso libremente someterse (aunque en él la muerte era injusta), porque nosotros estábamos a ella justamente sometidos por el pecado. Así nos hacía, según el proyecto salvífico del Padre, participantes de su resurrección en carne y sangre.

“Si el Señor se hubiese encarnado por medio de otra economía, y hubiese tomado la carne de otra substancia, ciertamente no habría recapitulado en sí al hombre, y ni siquiera se podría llamar carne, pues carne propiamente es lo que proviene de aquella obra plasmada originalmente de la tierra. Pero si él hubiese debido tomar la materia de otra substancia, el Padre ya desde el principio habría trabajado con esa otra substancia al crear al hombre. En cambio, el Verbo Salvador se ha hecho aquello que se había perdido realizando en sí la comunión con éste para lograr su salvación”¹⁰².

De esta manera, la identidad de la carne creada por el Padre y de la carne asumida y redimida por el Hijo, nos hablan por una parte de la perfecta unidad entre el Creador y el Redentor, y además de su bondad de Padre: he aquí el sentido del primer artículo del credo, que unifica las dos obras básicas trinitarias en un solo proyecto de salvación:

100. “Nos reveló su resurrección, llegando a ser el primogénito de entre los muertos y levantando en sí mismo al hombre caído por tierra... hasta la gloria del Padre, como Dios lo había prometido... Pero si alguien no acepta su nacimiento de una Virgen, ¿cómo podrá aceptar su resurrección de entre los muertos? Porque nada tiene de milagroso ni de extraño ni de inesperado el que aquello que no es real no sea resucitado de entre los muertos; ni siquiera podemos hablar de resurrección de alguno que no ha venido a la existencia mediante un nacimiento; porque en efecto, lo que existe sin haber nacido es por sí mismo inmortal, y lo que no ha sido sometido a nacimiento tampoco lo es a la muerte... Así pues, si no ha nacido verdaderamente, tampoco ha muerto verdaderamente, y si no ha muerto no ha podido resucitar de entre los muertos; y si no ha resucitado de entre los muertos, ¿cómo puede ser vencedor de la muerte y destructor de su dominio?; y si la muerte no ha sido vencida ¿cómo volveremos a la vida nosotros que, por nuestro origen terreno, hemos caído bajo el poder de la muerte?”: S. IRENEO, *Epítexis* 38-39; Sch 62, 93-94.

101. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.*, V, 7, 1: PG 7, 1139-1140.

102. S. IRENEO, *Adv. Haer.*, V, 14, 2: PG 7, 1161-1162.

“Si pues se ha mostrado precisamente la Mano de Dios, por medio de la cual fue plasmado Adán y fuimos plasmados también nosotros; si hay un solo y único Padre, cuya Voz desde el principio hasta el fin está presente en su creatura; si el Evangelio claramente nos ha indicado la substancia de que hemos sido creados, entonces no se debe buscar otro Padre sino éste, ni otra substancia con la cual hayamos sido hechos sino aquella de que hemos hablado según la enseñanza del Señor, ni otra Mano de Dios sino aquella que desde el principio hasta el fin nos ha creado, nos prepara para la vida, que está siempre al lado de su creatura y la hace perfecta según la imagen y semejanza de Dios”¹⁰³.

La realidad de la carne de Cristo, condición de nuestra salvación.

Por todo ello, si la carne de Jesús no hubiese sido absolutamente real e igual a la nuestra, tampoco habría sido verdadera nuestra salvación. La maternidad virginal de María sirve en este contexto a San Ireneo por una parte para indicar la realidad de la carne de Jesús, nacido verdaderamente de una mujer de la que tomó la carne propia de una raza humana¹⁰⁴; y por otra su virginidad indica lo nuevo: que se trata de obra no del hombre, sino que proviene de la potencia divina¹⁰⁵, mediante la intervención del Espíritu Santo. Ahora bien, por ser verdadero hijo de María, Jesús es verdaderamente un miembro de la humanidad, y por ser Hijo del Padre y Dios como él, recapitula en sí la humanidad entera.

“Como hemos dicho, sería la misma cosa afirmar que El vino al mundo en modo aparente y decir que no recibió nada de María. No habría sido verdadera la carne y la sangre mediante las cuales

103. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 16, 1: PG 7, 1167.

104. “Así cumplió la promesa que había hecho a Abraham, según la cual haría su posteridad como las estrellas del cielo; esto es precisamente lo que ha hecho Cristo al nacer de la Virgen, descendiente de Abraham, pues constituyó luz del mundo a quienes creían en él, y justificó a los gentiles con Abraham, por medio de la misma fe”: S. IRENEO, *Epideixis* 35: SCH 62, 88.

105. “Y también se cumplió la promesa a David, de suscitar del fruto de su seno un rey eterno, cuyo reino no tendría fin. Este Rey, Cristo, el Hijo de Dios devenido Hijo del hombre, fue producido como un fruto de la Virgen descendiente de David; y, si la promesa fue hecha al fruto del seno —es decir a un retoño de la concepción propia de una mujer— y no al fruto ni del costado ni de las entrañas —es decir a uno nacido según el nacimiento común de un hombre— fue para que se anunciase lo que había de especial y particular en la producción de este fruto de un seno virginal davídico, para que reinase sobre la casa de David por los siglos, con un reinado sin fin”: S. IRENEO, *Epideixis* 36: SCH 62, 89-91.

realizó nuestra redención, si no hubiese recapitulado en sí la antigua naturaleza creada en Adán... Son tontos los ebionitas, los cuales no admiten la unión de Dios y del hombre mediante la fe en su alma, y continúan en el viejo fermento de la generación, no queriendo entender que el Espíritu Santo verdaderamente descendió sobre María y el poder del Altísimo la cubrió con su sombra, por lo cual lo engendrado en ella era santo e Hijo del Dios Altísimo, Padre de todos, que realizó la encarnación del Hijo mediante una nueva generación. Ahora bien, así como de la generación anterior habíamos heredado la muerte, así de esta nueva generación heredamos la vida”¹⁰⁶.

¿Podría decirse de alguna manera que la carne de Cristo no es igual a la nuestra? Porque así parecerían indicarlo las palabras de 1 Pe 2, 22. Solamente en un sentido, afirma Ireneo: en cuanto la nuestra es pecadora, como nacida de Adán, en cambio la de Jesús es enteramente santa. Pero en cuanto a la substancia de la carne y sangre, y en cuanto a todos los sufrimientos humanos, es idéntica a la nuestra:

“Pues si se imaginase que la carne del Señor es de otra substancia, ya no tendría consistencia discutir sobre la reconciliación. Porque se reconcilia aquello que era enemigo. Pero si el Señor tomó la carne de otra substancia, entonces no sería verdadero que ha reconciliado lo que se había convertido en enemigo por la transgresión. En cambio, mediante la comunión con él, el Señor ha reconciliado al hombre con el Padre, reconciliándonos a nosotros consigo por medio del cuerpo de su carne y redimiéndonos por su sangre”¹⁰⁷.

Pero no se trata en Ireneo de sólo una afirmación “ontológica”, en cuanto es necesario afirmar “sistemáticamente” la realidad de la carne de Jesucristo para profesar la doctrina ortodoxa. No, este Santo Padre es del todo realista en su afirmación de nuestra salvación por la carne de Jesús: que éste se haya verdaderamente encarnado quiere decir que

106. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 1, 2-3: PG 7, 1122. También inicia Ireneo el uso de una imagen simbólica que sería en seguida muy socorrida de los Padres: el mirar la virginidad como signo del inicio de una economía divina: así en el principio de la *virginidad de la tierra* habría sido señal de la intervención del poder divino para dar vida al hombre en Adán y destinarlo a la inmortalidad; como la *virginidad de la madre* al concebir a Jesús es signo, en la segunda economía, de la intervención del poder del Espíritu para dar la nueva vida mediante la resurrección de la carne: Cf. *Adv. Haer.* III, 18, 7: PG 7, 938. Y cf. *Epideixis* 32: SCh 62, 82-83.

107. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 14, 3: PG 7, 1162-1163.

tuvo hambre y sed, que sufrió el cansancio, que se angustió, que vivió en la pobreza real, y finalmente que verdaderamente murió como un criminal en el patíbulo: y ese realismo total de una carne (que hoy llamaríamos "histórica") es la que nos salva. Así lo afirma contra los docetas:

“De otro modo sería inútil que hubiese descendido en María. En efecto, ¿por qué habría descendido en ella, si no hubiese debido tomar nada de ella? Y si no hubiese tomado nada de María, no habría tenido necesidad de los alimentos tomados de la tierra, mediante los cuales se nutre un cuerpo salido de la tierra; y después de haber ayunado cuarenta días como Moisés y Elías, no habría tenido hambre, si su cuerpo no hubiese exigido la comida; ni su discípulo Juan, escribiendo de él, habría dicho: ‘Jesús, cansado por el viaje, se sentó’ (*Jn* 4, 6)... ni habría llorado por Lázaro; ni habría sudado gotas de sangre, ni habría dicho: ‘Mi espíritu está triste hasta la muerte’ (*Mt* 26, 38); ni, cuando le transpararon el costado, habría manado sangre y agua (*Jn* 19, 34). Ahora bien, todos estos son signos de una carne tomada de la tierra, carne que él recapituló en sí mismo, salvando así a su propia creatura”¹⁰⁸.

La carne de Cristo, revelación de Dios.

Desde siempre Dios se nos ha revelado en su Hijo, que es su Palabra, y a cuya imagen hemos sido creados. A propósito de *Mt* 11, 27, “Nadie conoce al Padre sino el Hijo...”¹⁰⁹, Ireneo comenta que desde el principio la Palabra del Verbo ha revelado al Padre “a quien quiere, cuando quiere y como quiere”. Y así, desde el origen “por medio de las cosas creadas el Verbo revela a Dios como Creador del mundo, y mediante la creatura al artífice que la plasmó, y mediante el Hijo al Padre que lo engendró”, ya que Adán fue creado conforme a esa imagen del Padre que es el Hijo: “El Verbo unigénito, que siempre ha estado presente en el género humano, está unido y esparcido en todas las creaturas”¹¹⁰. A través del tiempo el Padre se comunicó por su Hijo, *que es su Palabra*, con Adán, Noé, Abraham, Moisés, con su pueblo por medio de los profetas, que al comunicar la *Palabra* (Verbo) de Yahvé, nos daban al Hijo; más aún, era éste el que se pronunciaba

108. S. IRENEO, *Adv. Haer.* III, 22, 2: PG 7, 956-957.

109. Cf. también S. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, 6, 3: PG 7, 988.

110. S. IRENEO, *Adv. Haer.* III, 16, 6: PG 7, 925.

por ellos a nosotros y que mediante ellos anunciaba y preparaba su venida; a tal punto, que para Ireneo todos cuantos creyeron a aquella Palabra del Antiguo Testamento son salvos y resucitados como nosotros, *por su fe en Jesucristo*¹¹¹. Aun la Ley, que fue concedida a nuestros padres en la fe como una *pedagogía*, era ya salvífica en cuanto “obedeciendo a Moisés y a los profetas, creían en Aquél que anunciaban, es decir en el Hijo de Dios que, resucitando de los muertos, nos da la vida”¹¹². Pero entonces la Ley era salvífica no por sí misma, sino por ser camino a Cristo; mas ¿cómo podría habernos guiado salvíficamente si no hubiese sido ella misma una expresión de la *Palabra* (Verbo) de Dios? Tanto pues por su término, como por su origen, la Ley es salvífica en Cristo hecho carne¹¹³. Por eso la revelación del Padre por el Hijo, y del Hijo como Hijo en su relación filial con el Padre, llega a plenitud en la carne que el Hijo tomó de María:

“El Hijo actúa desde el principio hasta el fin gobernando a nombre del Padre, y sin él ninguno puede conocer a Dios, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo está en el Padre que sin embargo se nos ha revelado por el Hijo”¹¹⁴.

Y, concluye, precisamente porque sólo en el Hijo tenemos acceso al Padre *desde el principio* (mediante la creación *por el Verbo y conforme a su imagen*), “por ello es también única la salvación para todos los que creen en él”.

Así pues no puede haber ningún camino al Padre, ni lo pudo haber desde el principio de los tiempos, sino a través del Hijo; acceso que se abrió plenamente (dice ahí mismo) en la carne que tomó del seno virginal de María. Porque dada la oscuridad de nuestra mente por el pecado que nos ha hecho carnales, el Padre ha decidido misericordiosamente manifestarse en nuestra carne, único lugar en el que, nosotros, hombres carnales, podíamos hallarlo. Desde la encarnación, sólo en la carne de Jesús tenemos acceso al Dios trinitario; por eso el Hijo en la carne se ha hecho nuestro único maestro:

111. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, 22, 2: PG 7, 1047.

112. S. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, 2, 4: PG 7, 978.

113. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, 12, 4: PG 7, 1005-1006.

114. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, 6, 7: PG 7, 990: es su Palabra (el Verbo) por la que se nos manifestó al Padre “a quien quiere, cuando quiere, y como quiere”.

“No habríamos podido de manera alguna entender las cosas divinas si el maestro, el Verbo, no se hubiese hecho carne. Ningún otro habría podido darnos noticia del Padre fuera del Verbo... Por otra parte no habríamos podido aprender, sino mirando a nuestro maestro y percibiendo su voz con nuestro oído, de modo que, siguiendo sus obras y practicando sus palabras, para tener comunión con él, y poder así crecer con aquél que es perfecto desde la fundación del universo”¹¹⁵.

No sólo no tenemos acceso al Padre sino mediante la carne de Jesús¹¹⁶, pero ni siquiera acceso directo al Hijo en cuanto Verbo del Padre. Sabemos que el Hijo lo es del Padre, por la obediencia filial de Jesús, que nos redime por el proceso de recapitulación de que hemos hablado¹¹⁷. Incluso la cruz es así palabra reveladora, no por ser cruz, sino por ser el signo de la obediencia total del Hijo al Padre hasta la muerte:

“No sólo con lo que hemos dicho el Señor reveló al Padre y a sí mismo, sino también a través de su pasión. En efecto, para destruir la desobediencia del hombre, que provino en los inicios del árbol, ‘se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz’ (*Fil 2, 8*), para curar la desobediencia acaecida en el madero, por la obediencia en el madero. Ahora bien, no habría venido a destruir con las mismas armas la desobediencia contra el Creador, si hubiese anunciado un Padre diverso. Pero como con estas armas con las que hemos desobedecido al Creador y no creído a su palabra, él ha introducido la obediencia y la adhesión a su palabra, demuestra claramente que es el mismo Dios aquél al que habíamos ofendido en el primer Adán, no cumpliendo su mandato, y aquél con el cual nos hemos reconcili-

115. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 1, 1: PG 7, 1120-1121.

116. Lo invisible del Padre y del Hijo se hace visible para nosotros en la carne del Hijo: “El Padre se nos ha revelado a todos, haciendo visible su Verbo”. “El Padre se nos mostró por su Verbo hecho visible y palpable; y aun cuando no todos hayan creído en él, todos vieron sin embargo al Padre en el Hijo: pues el Padre es lo invisible del Hijo, y el Hijo es lo visible del Padre”. S. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, 6, 5-6: PG 7, 989.

117. Y ello no sólo por la obediencia en la cruz, sino durante toda su vida, que adquiere así en cada momento el carácter salvífico. Así, por ejemplo, la actitud de Jesús en las tentaciones nos revela por su obediencia quién es el único Dios a quien nuestra carne debe servir: “No debemos dejarnos coger de la riqueza, de la gloria del mundo y de las apariencias que se nos presentan; sino saber que se debe adorar sólo al Señor Dios y servirlo solo a él, y no creer a aquél que falsamente promete las cosas que no le pertenecen, diciendo: ‘Te daré todas estas cosas, si cayendo a mis pies me adorares’”: S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 22, 2: PG 7, 1185.

liado en el segundo Adán, que se mostró obediente hasta la muerte”¹¹⁸.

Contra la gnosis del valentiniano Ptolomeo, Ireneo es implacable, porque pone en peligro la fe de su comunidad cristiana. Según el hereje, el *Cristo* habría abandonado el cuerpo de Jesús antes de la pasión y muerte, ya que éstas no serían dignas de un ser supremo. El Padre de la Iglesia lo refuta con la verdadera realidad de la carne de Cristo como reveladora de Dios: ¿cómo *siguiendo a Cristo hasta la cruz* habríamos encontrado el camino al Padre por Cristo, si éste hubiese huído antes de abrazar la cruz? Y por otra parte en aquel cuerpo clavado y agonizante, de cuyos labios escuchamos: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (*Lc 22, 34*), aprendemos lo que es “la generosidad, la paciencia, la misericordia, la bondad de Cristo”, y su infinito amor por los hombres; y en él reconocemos “al Señor muerto y único Maestro verdadero, Hijo del Dios en verdad bueno y paciente, Palabra del Padre hecha Hijo del Hombre”¹¹⁹.

La carne que primero vivió históricamente en un lugar y tiempos precisos, que murió en la cruz y resucitó, nos ha revelado además que El era el Señor de la vida. Porque primeramente, el hecho de comer, moverse, hablar, etc., son signos de verdadera vida. Pero si el cuerpo de por sí no es señor de su propia vida (porque muere irremisiblemente), entonces la vida de Jesús le ha sido dada por el mismo que es Señor de la vida, aquél que en un principio se la había dado a nuestro barro. Pero si ha demostrado que su cuerpo era capaz de recibir la vida y su Yo, era Señor de dársela, ¿qué puede impedir que también nos la dé como un don, si lo desea?¹²⁰ ¿Pero cómo sabemos que el Padre Creador y Señor de la vida nos la quiere dar por la resurrección? Porque desde la encarnación de su Hijo ha querido intercambiar con nosotros lo que nosotros

118. S. IRENEO, *Adv.* V, 16, 3: PG 7, 1168.

119. S. IRENEO, *Adv. Haer.* III, 18, 5-6: PG 7, 936.

120. Y es que ni siquiera el pecado nos ha apartado del Señorío de Dios, nuestro Creador; no es el pecado el que tiene en último término el dominio sobre el hombre, sino la gracia, como nos lo ha enseñado la encarnación del Verbo por el Espíritu Santo que descendió sobre María: “Así como al principio de nuestra creación la inspiración divina de la vida, unida al barro, vivificó en Adán al hombre haciéndolo animal racional, así al fin el Verbo del Padre y el Espíritu de Dios, unido a la antigua sustancia creada de Adán, hizo al hombre viviente y perfecto, y capaz de conocer al Padre perfecto... Así Adán nunca ha escapado de las manos de Dios (o sea del Verbo y del Espíritu Santo)”: S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 1, 3: PG 7, 1123; cf. V, 3, 3, col. 1131-1132.

somos con lo que El es: y porque ha dado la resurrección en la carne y en la sangre a aquél que es carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre.

En esta carne conocemos la perfecta unidad entre el Dios Creador y el Redentor, y sólo a través de la unidad de la economía reconocemos también la perfecta unidad de Dios:

“Este es el Demiurgo:¹²¹ según el amor es Padre, según el poder él es el Señor, según la sabiduría es aquél que nos ha hecho y plasmado, y es el mismo del que nos hemos hecho enemigos al violar su precepto. Por eso en los últimos tiempos nos ha restablecido a la amistad mediante su propia encarnación, convirtiéndose en el ‘Mediador entre Dios y los hombres’ (1 *Tim* 2, 5), propiciación por nosotros ante el Padre contra el cual habíamos pecado, consolador de nuestra desobediencia por medio de su obediencia, y quien nos ha dado la conversión y la sujeción a Aquél que nos ha creado”¹²².

La vida según la carne

Pero no sería justo que la fe se detuviese en el nivel de la afirmación ortodoxa; porque la praxis de Jesús es también para nosotros revelación del camino que lleva a la resurrección, y tal sendero no es otro que la vida según el Espíritu. Ya antes nos había dicho Ireneo que lo condenable no era la carne, sino el vivir según los deseos de la carne, y no según la guía del Espíritu de Dios. ¿Quiénes son los que viven según la carne?

“Aquellos que rehusan el consejo del Espíritu son los esclavos de los placeres de la carne, viven contra la razón y se abandonan sin freno a sus deseos, porque no tienen ninguna inspiración del Espíritu divino, sino viven a manera de cerdos y perros. A éstos el Apóstol justamente llama carnales, porque no piensan en otra cosa sino en las cosas de la carne. También los profetas por ese motivo los compararon con los animales irracionales, a causa de su comportamiento contrario a razón... Esto es, aquéllos que por su culpa viven de manera semejante a las bestias”¹²³.

121. San Ireneo usa aquí, como lo había hecho el N.T. en los escritos tardíos, una palabra típica de los gnósticos, para vaciarla: si Dios es Padre y es el único Creador, entonces no hay fuera de él ningún demiurgo: él es “el único Demiurgo”.

122. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 17, 1: PG 7, 1169.

123. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 8, 2: PG 7, 1142-1143.

Desgraciadamente para comprender mejor a San Ireneo tenemos hoy un cierto prejuicio cultural: el de identificar prácticamente el “vivir en la carne” con el disfrute de los placeres sexuales, “prototipo” de la carne. En cambio para este Padre de la Iglesia, como para San Juan (cf. 1 Jn 2, 16) y para San Pablo, el vivir según la carne era mucho más amplio: significaba vivir según los criterios del mundo contrarios al evangelio. No es sólo vivir para los placeres sexuales, sino también para el poder y para el dinero, como fines de la vida por sobre el amor y el respeto a Dios y al hermano¹²⁴.

Así, por ejemplo, tratando Ireneo de la tercera tentación de Cristo y de su conexión el pecado original, dice que “el demonio fue un mentiroso desde el principio”, cuando dice que todo gobierno y principado es suyo y lo da a quien quiere. Y por ello, escuchando su voz, “al alejarse el hombre de Dios se hizo tan cruel que considera enemigo incluso a su hermano de sangre, y vive sin temor en medio de toda guerra, homicidio y avaricia”. Y compara a quien se apodera del poder “como un rebelde que promueve la hostilidad contra una región y sus habitantes, reivindicando la gloria de rey sobre aquellos que ignoran que no es más que un brigante y un rebelde”, con el mismo demonio, el cual pretendió la propiedad del reino que no le pertenecía, y quería disponer de él como si hubiese sido suyo”¹²⁵.

El *intercambio* que nos salva no es la afirmación teórica y sistemática de una bella categoría para *explicar* la obra “objetiva” realizada por Cristo; es mucho más: es la indicación del *camino necesario* para ir al Padre, y sin el cual no somos salvos; porque es la única senda hacia la resurrección, que por tanto exige de nosotros el *seguimiento* de Jesús: la nueva ley de vida para el cristiano son las opciones de Jesús, con sus valores de vida, sus criterios, su praxis, su doctrina. Y si éstos son cami-

124. He aquí como muestra una de las innumerables veces en que S. Ireneo lo describe: “Han elegido vivir como cerdos y perros, quienes se han abandonado a la impureza, a la gula y a todo tipo de superficialidad. Justamente pues a todos aquéllos que por su incredulidad y libertinaje no han recibido al Espíritu de Dios, y por diversos motivos alejan de sí al Verbo vivificante y caminan irracionalmente por sus concupiscencias, el Apóstol los ha llamado animales y carnales (Gal 5, 19-23), los profetas los han definido jumentos y fieras, la costumbre los llama semejantes a las bestias irracionales, y la Ley los ha declarado impuros” S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 8, 3: PG 7, 1143-1144.

125. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 24, 2.4: PG 7, 1187-1188.

no, es por la unión perfecta entre su carne y su divinidad: la carne de Jesús, es la *Carne de Dios*¹²⁶ y por ello, *sólo por ello*, nos revela a Dios y es el *único camino* al Padre.

“He aquí la prueba de que Pablo no ha hablado contra la substancia de la carne y de la sangre, cuando decía que ésta no heredaría el Reino de Dios (1 *Cor* 15, 50): el Apóstol, a propósito de nuestro Señor Jesucristo, siempre usa los vocablos carne y sangre, por una parte para hacer resaltar su humanidad —puesto que él mismo se llamaba a sí mismo Hijo del Hombre— y por otra para afirmar enérgicamente la salvación de nuestra carne; porque si la carne no hubiese debido ser salvada, el Verbo de Dios no se habría hecho carne, y si la sangre de los justos no debiese haber sido vengada, el Señor no habría tomado nuestra sangre... De modo semejante también el Señor decía a aquellos que querían derramar su sangre: ‘Se pedirá cuenta de toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, que habéis asesinado entre el santuario y el altar: os digo en verdad que todas estas cosas sucederán a esta generación’ (*Mt* 23, 35-36; *Lc* 11, 50-51), indicando que en su sangre él habría recapitulado el derramamiento de la sangre de todos los justos y de todos los profetas, desde el principio, y que por su medio se pedirían cuentas de esa sangre. Pero no habría pedido cuentas de ella, si no debiera la sangre ser salvada, ni habría recapitulado en sí todas las cosas, si él mismo no se hubiese hecho carne según la obra creada al principio, salvando al fin en sí mismo lo que al inicio se había perdido en Adán”¹²⁷.

126. Según el título que ha dado a su libro J. I. GONZALEZ FAUS, *Carne de Dios. Significado de la encarnación en la teología de San Ireneo*, Barcelona, Herder, 1969.

127. S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 14, 1: PG 7, 1160-1161. Y ya que S. Ireneo es incapaz de separar lo que hoy llamamos ontología y función de Cristo, así como al hablar de la verdadera carne de Jesús ha indicado la misión materna y virginal de María, así al tratar del camino de la redención la coloca inserta en la obra recapituladora de la humanidad caída que su Hijo ha llevado a cabo. Si Jesús es el “nuevo Adán”, María es la “nueva Eva”. Es Ireneo el teólogo que, tomando esta imagen original de S. Justino, la ha desarrollado de modo más completo. Cf. S. IRENEO, *Adv. Haer.* III, 22, 4; V, 19, 1: 7, 958-959, 1175; en el primero de estos textos y en *Epideixis* 33: SCh 62, 85, llama a María “la virgen abogada de la virgen Eva”; y cf. C. I GONZALEZ, *María Evangelizada y Evangelizadora*, Bogotá, CELAM, 1988, 207-211.

En conclusión

Podríamos preguntarnos si San Ireneo nos ha legado un sistema o al menos una síntesis teológica. La respuesta tiene que ser negativa, si la pregunta supone el sentido moderno que pueden darse a tales expresiones: su doctrina no está ordenada lógicamente. Pero, como dice su estudioso A. Houssiau, sí lo tiene, si se concibe el sistema “como la coherencia interna de muchas verdades teológicas” (o podríamos decir también, si el principio metodológico se toma no de la lógica, sino de la *analogía de la fe*). Si es así, entonces

“la armonía de las Escrituras se confundirá con la cohesión de todo el cuerpo de verdad, o con la concordancia entre las diferentes verdades de la fe: entre la Eucaristía y la salvación de la carne, entre la salvación de la carne y el origen humano de Cristo, entre la unión del hombre con Dios y la unidad del Verbo encarnado, entre los dos Testamentos. A veces Ireneo aún llegará a hablar de una suerte de conexión necesaria entre las diferentes partes del plan de Dios, fundada en la constancia del arte y de la sabiduría de Dios”¹²⁸.

Podemos también tener por adquirido que San Ireneo ha asentado los puntos fundamentales de la fe, que posteriormente se plasmaron en los símbolos que expresaban de manera nuclear el acogimiento de la revelación salvífica divina por parte de la Iglesia. Está trazado con rasgos muy marcados el diseño básico, así como la unidad interna de los diversos aspectos del misterio, de tal manera entrelazados entre sí que no se podría negar uno sin deshacer la solidísima unidad del todo. El mismo Ireneo nos ofrece en un haz apretado los principios más elementales e irrenunciables de la profesión de fe de la Iglesia, en el tránsito que hace, dentro del libro V, de la primera parte (sobre la resurrección de nuestra carne) a la segunda (a la resurrección de Cristo en su carne): esta carne de Cristo es nuestro único Maestro y pedagogo que nos guía hasta la intimidad de Dios y de su obra. Por ésta conocemos la perfecta unidad de la creación y redención, y a través de ella la identidad entre el Dios Creador y Redentor¹²⁹. Por la obediencia de Jesús en su carne al

128. A. HOUSSIAU, *Op. cit.*, 23.

129. “Toda la predicación del Señor nos anuncia un solo Padre Creador de este mundo... ese mismo y único Dios y Padre que habló a Abraham, que dio la Ley, que envió a los Profetas, que en los últimos tiempos envió a su Hijo y le da la salvación a su creatura, que es la substancia de la carne”: S. IRENEO, *Adv. Haer.* IV, 41, 4: PG 7, 1117; y cf. IV, 6, 2, col. 987.

Padre sabemos la relación entre el Padre y el Hijo, y conocemos a Dios como Padre (es decir, ante todo como el Padre de nuestro Señor Jesucristo). En esa carne crucificada conocemos el amor infinito de nuestra redención, pues en la cruz ha recapitulado en sí la humanidad caída. Por la realidad de esa carne sabemos la misión de María como Madre Virgen, y por la obra recapituladora de esa carne (como nuevo Adán) descubrimos el papel salvífico de su Madre (como nueva Eva). Y finalmente en la carne resucitada de Jesús, que es también carne nuestra, reconocemos nuestro destino definitivo prometido por el Padre en Jesucristo¹³⁰.

130. Cf. esta bellísima síntesis en S. IRENEO, *Adv. Haer.* V, 18, 3 - 19, 1: PG 7, 1174-1176.